

NUESTRAS DIVERGENCIAS

León Trotsky

30 noviembre de 1924

Edicions internacionals Sedov



Respuesta de Trotsky a sus calumniadores y a la campaña contra su libro *1917*, particularmente contra el prólogo *Lecciones de Octubre*. Texto jamás publicado y que *CLT* traduce directamente desde los archivos Trotsky de la Houghton Library, T 2969. Versión castellana desde *Cahiers Léon Trotsky*, número 34, julio de 1988, páginas 73-107

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en Internet y en castellano
Valencia, octubre de 2015

Índice

I. OBJETIVO DE ESTA EXPLICACIÓN.....	2
II. EL PASADO	3
III. EL PAPEL DEL PARTIDO.....	7
IV. LA “DICTADURA DEMOCRÁTICA DEL PROLETARIADO Y EL CAMPELINADO”	11
V. LENINISMO Y BLANQUISMO	15
VI. EL “TIPO COMBINADO DE ESTADO”	18
VII. PROBLEMAS DEL PRESENTE	23

I. OBJETIVO DE ESTA EXPLICACIÓN

En la discusión que se desarrolla actualmente con motivo de mi libro sobre 1917 (y en la que, tras ver el desarrollo de la discusión, el libro sólo ha servido como pretexto), se han suscitado de hecho un gran número de problemas teóricos y personales. Aquí quiero plantear algunas aclaraciones sobre esas cuestiones que, según mi entender, afectan ante todo a los intereses del partido.

1.- ¿Es cierto que he realizado una revisión del leninismo bajo la bandera del “trotskysmo”?

2.- ¿Es cierto que he escrito el prefacio de mi libro 1917 desde un punto de vista “trotskysta” particular y que, incluso, he tratado de forma errónea cierto número de cuestiones con el objetivo de minimizar el leninismo?

3.- ¿Es cierto que mi prefacio es una “plataforma” y que, en general, considero que mi tarea es la de organizar un “ala derecha” en el partido?

Por supuesto que aquí no se trata únicamente de lo que he querido decir sino de lo que se ha entendido. Ciertamente no se puede abordar la cuestión de la siguiente manera: Trotsky no está conscientemente a punto de tratar de sustituir el leninismo por el trotskysmo; acusarlo de ello sería muy poco razonable. Pero Trotsky no comprende el leninismo o como mínimo determinados aspectos de él. Así, sin haberlo querido ni intentado, Trotsky ha deformado el leninismo en la práctica y creado una plataforma ideológica para un reagrupamiento incompatible con el leninismo.

Por otra parte, se podría admitir o imaginar que las condiciones del pasado, la difícil situación que se ha desarrollado tras la muerte de Lenin y, por otra, una circunstancia personal u otra, han creado cierta predisposición que hace que la gente vea “trotskysmo” allí donde no lo hay o bien donde, como máximo, lo que hay son inevitables matices en el interior de un marco general del bolchevismo.

¿Qué objetivo puede ver o debería ver el partido en mi explicación?

En primer lugar me parece necesario clarificar qué quiero decir y, en segundo lugar, disipar las falsas interpretaciones que se han producido aunque sólo sea sobre las cuestiones más importantes. Así, las falsas divergencias basadas en la incomprensión o en una interpretación tendenciosa, podrían ponerse al menos de relieve y ser descartadas. Solo esto sería ya un gran avance pues ayudaría a mostrar si existe una base real, seria, para la acusación central y crucial según la cual, consciente o inconscientemente, he tratado de oponerle al leninismo una línea especial del trotskysmo. Si se demostrase, incluso tras eliminar malentendidos, errores parciales, interpretaciones tendenciosas, etc., que, sin embargo, existen dos líneas diferentes, no sería cuestión, evidentemente, de silenciar una circunstancia tan importante. Sean cuales sean los esfuerzos y medidas estrictas que ello exija, el partido está obligado a asegurar la unidad de su método revolucionario y sus tradiciones (la unidad del leninismo). En este caso no sería correcto desaprobar el uso de la “represión”, como lo han hecho algunos camaradas (acusándome al mismo tiempo de mantener una línea especial, no bolchevique).

Ni por un instante creo, sin embargo, que se llegue a ello (a pesar del hecho que la discusión ha ido muy lejos y a pesar del hecho que determinada interpretación de mi libro y mis ideas está ya a punto de ser presentada al partido).

Mi tarea en esta explicación es tratar de mostrar que no existe ninguna base para esgrimir el fantasma del “trotskysmo” como peligro en el partido. No puedo, por supuesto, retomar la gran multiplicidad de los argumentos, referencias, citas y alusiones que han hecho los camaradas que han escrito sobre el “trotskysmo” y contra “el trotskysmo” en el último período. Plantear así la cuestión no tendría objeto alguno y sería imposible. Creo que al lector le será más útil para llegar al corazón de la cuestión si comienzo por esclarecer esas conclusiones trazadas en mi prefacio que han sido declaradas como las manifestaciones más impresionantes y evidentes del “trotskysmo” y que, por este mismo motivo, han servido de punto de partida a toda la campaña actual. A través de las cuestiones más discutidas confío en mostrar que no solamente me he guiado en mi interpretación de Octubre por el método del leninismo sino que me he mantenido en total acuerdo con los análisis y conclusiones completamente específicos y precisos de Lenin sobre estas mismas cuestiones.

Pero no puedo limitarme solamente a tales clarificaciones. El hecho es que la acusación de “trotskysmo” se demostraría muy poco convincente si únicamente se apoyase en mis declaraciones, discursos y artículos de los últimos años. Para darle peso y significado a la acusación se ha introducido en ella todo mi pasado político, es decir mi actividad revolucionaria anterior a la época en la que me uní al Partido Bolchevique. Creo necesario establecer también aclaraciones en este dominio.

Tal es el contenido fundamente de este artículo.

Si yo pensase que mis explicaciones podrían derramar aceite sobre el fuego, o si los camaradas responsables de la impresión tuvieran que decírmelo abierta y directamente, no lo publicaría, por más duro que sea seguir bajo el golpe de la acusación de liquidar el leninismo. Diría que mi único recurso sería esperar hasta que un flujo más calmado de la vida del partido me diese la oportunidad, incluso tardía, de refutar la falsa acusación. Pero me parece que un explicación franca (es decir, una respuesta a las principales acusaciones lanzadas contra mí) ahora no debe probablemente aumentar la atmósfera de tensión en el partido sino más bien rebajarla al llevar la cuestión a sus proporciones reales.

Si está probado de hecho que se ha llevado adelante una línea de trotskysmo contra la línea del leninismo, ello significaría que estamos ante un comienzo de lucha entre diferentes tendencias de clase. En ese caso, las explicaciones no servirían para nada. El partido proletario se protege depurándose. Pero si, en realidad, no hay trotskysmo, si el fantasma del trotskysmo es un reflejo del pasado prerrevolucionario, por una parte, y, por la otra, del ascenso de la desconfianza tras la muerte de Lenin, si el fantasma del trotskysmo no puede conjurarse salvo sacando de los archivos la carta de Trotsky a Chekheidze, etc. (en ese caso, una explicación franca puede ser útil). Puede explicar la acumulación de viejos prejuicios, dispersar todas las visiones y purificar el aire en el partido.

Este es, precisamente, el objeto de la presente explicación.

II. EL PASADO

Ya he dicho que se ha relacionado mi prefacio al libro 1917 con toda mi anterior actividad en el movimiento revolucionario y descrita como la expresión de una tentativa del “trotskysmo” para sustituir al leninismo como doctrina y método político del partido.

Como la cuestión se ha planteado de esta forma, se ha mostrado necesario desviar ampliamente la atención del partido de la actualidad y del futuro para centrarla en el pasado. Se han puesto en circulación en el partido antiguos documentos, antiguas citas polémicas, etc. Entre esos materiales en particular se ha impreso una carta que escribí a

Chkheidze, entonces diputado socialdemócrata menchevique en la Duma, el 1 de abril de 1913, es decir hace ahora unos doce años. Esta carta no podía dejar de causar la peor de las impresiones posibles en todos los miembros del partido, pero particularmente en aquellos que jamás tuvieron la experiencia de las luchas fraccionales de antes de la guerra bajo las condiciones de los emigrados y para quienes, en consecuencia, esta carta ha sido una total sorpresa.

Esta carta fue escrita en una época de lucha fraccional muy aguda. No serviría de nada darle al lector todos los detalles de la forma en que fue escrita esta carta. Será suficiente con recodar los principales factores de causalidad que hicieron posible que se escribiese tal carta. La causa principal fue que en esa época yo mantenía frente al menchevismo una actitud que difería notablemente de la de Lenin. Consideraba necesario luchar para unificar a los bolcheviques y a los mencheviques en un sólo partido. Lenin consideraba necesario profundizar la escisión con los mencheviques a fin de limpiar al partido de la fuente principal de influencia burguesa sobre el proletariado. Mucho más tarde escribí que mi error político fundamental había sido no comprender a tiempo la sima abierta entre bolchevismo y menchevismo sobre las cuestiones de principio. Por este motivo no comprendí la lucha organizativa política de Lenin, tanto contra el menchevismo como contra la línea conciliadora que yo mantenía.

Las profundas divergencias que me separaron del bolchevismo durante toda una serie de años y que, en numerosos casos, me opusieron aguda y hostilmente al bolchevismo, se expresaban muy claramente en mis relaciones con la fracción menchevique. Comencé con la perspectiva radicalmente falsa que el curso de la revolución y la presión de las masas proletarias forzarían en definitiva a las dos fracciones a seguir la misma vía. Consideraba, pues, que una escisión era una perturbación de las fuerzas revolucionarias que no era necesaria. Pero como el papel activo en la escisión lo ejercían los bolcheviques (puesto que solamente mediante una demarcación implacable, no únicamente en el dominio de las ideas sino también en el de la organización, era posible garantizar, según Lenin, el carácter revolucionario del partido proletario [y toda la historia ulterior ha confirmado plenamente la justicia de esta política]) mi “conciliacionismo” me llevó a bastantes giros agudos en el camino hacia choques hostiles con el bolchevismo. La lucha de Lenin contra el menchevismo se completaba, inevitablemente, con una lucha contra el “conciliacionismo”, al que a menudo se le daba el nombre de “trotskismo”.

Lo saben todos los camaradas que hayan leído las obras de Lenin. Es ridículo hablar como si alguien tratase aquí de “ocultar alguna cosa”. Hoy en día, pasado tanto tiempo, no se me ocurriría discutir lo ajustado en principio y la colosal capacidad de previsión histórica de la crítica de Lenin del “conciliacionismo” ruso que, en sus rasgos esenciales, estaba cerca de la corriente internacional del centrismo. Después de pasado tanto tiempo lo considero tan evidente y tan indiscutible por cualquier miembro del Partido Bolchevique, que la misma idea de una discusión sobre la cuestión sería simplemente absurda (después de todo lo que el partido ha hecho, escrito, absorbido, verificado y confirmado en este dominio).

En mi lucha contra un “alineamiento general” y contra la escisión en el movimiento socialdemócrata, como lo he dicho ya, tuve numerosos conflictos con los métodos ideológicos y organizativos mediante los que Lenin preparaba, construía y arrastraba a nuestro partido de ahora. El mismo nombre de “leninismo” no existía entonces en la fracción bolchevique. Lenin no lo habría permitido. Sólo tras su enfermedad y, particularmente, tras su muerte, el partido adoptó en su vocabulario corriente el nombre de “leninismo” (absorbiendo de una sola vez, si se puede decir así, el enorme trabajo creador que fue la vida de Lenin). Evidentemente este nombre no se opone al marxismo, sino que comprende todas las novedades con las que ha sido enriquecida, teórica y prácticamente, la

escuela mundial del marxismo bajo la dirección de Lenin. Si se mira el período prerrevolucionario se descubrirá que la palabra “leninismo” sólo fue utilizada por los adversarios del bolchevismo para caracterizar, precisamente, aquello que consideraban como lo más negativo y más destructor en la política bolchevique. Para un “conciliador”, como lo era yo, el rasgo más negativo del bolchevismo era su fraccionalismo, su inclinación a las escisiones, a trazar líneas de organización, etc. Precisamente en este sentido, en la época en la que se encendía la polémica, fue cuando utilicé el término de “leninismo” en aquellos días.

Ahora es posible causar una gran impresión sobre un miembro del partido sin experiencia o poco informado preguntándole: “¿Sabes lo que dijo Trotsky del leninismo?” y a continuación leyéndole alguna publicación fraccionalista contra el leninismo de mis viejos artículos o cartas. Hoy en día esas citas no dejan de sonar de forma menos bárbara a mis oídos que a los de cualquier otro miembro del partido. Sólo pueden comprenderse a partir de un conocimiento de la historia, es decir de una historia de la lucha entre el bolchevismo y el conciliacionismo, una lucha en la que el derecho histórico y la victoria han caído del lado del bolchevismo. Más aun, toda la historia de la actividad de Lenin muestra que sólo se la puede comprender (no solamente como personaje político sino también como personalidad, como hombre) entendiéndolo su concepción de la historia, sus objetivos, sus técnicas y métodos de combate. No puede apreciarse a Lenin al margen del marco del leninismo. No se puede entender a Lenin con términos que parten la diferencia en dos. Su carácter político excluye cualquier tibieza. Por su método de trabajo, Lenin forzaba a todos y a cada uno o bien a marchar al mismo paso que él o a combatirlo. Estaba pues completamente claro que a los ojos del conciliacionismo que significaba la tibieza en las cuestiones fundamentales de la revolución, la misma fisonomía de Lenin era extraña y desde muchos puntos de vista incluso incomprensible. Combatiendo por aquello que entonces yo creía justo (la unidad de todas las fracciones socialdemócratas en nombre de una “unidad” imaginaria del movimiento obrero) me encontraba en una vía que me colocaba, una vez más, en conflicto con Lenin en tanto que personaje político.

Mientras que un revolucionario no alcance la actitud justa frente a la tarea fundamental de la construcción de un partido y frente a los métodos de funcionamiento de un partido, no podrá participar de forma justa, estable y consecuente, en el movimiento obrero. Sin las relaciones mutuas adecuadas entre doctrina, consignas, táctica y el trabajo de organización, no puede haber política marxista revolucionaria – bolchevique. Es precisamente esta idea la que expresó Lenin de forma muy ruda políticamente cuando declaró que mis ideas revolucionarias o mis propuestas sólo eran “frases” puesto que mi conciliacionismo me había puesto en conflicto con el bolchevismo que estaba a punto de crear el núcleo inicial del movimiento proletario. ¿Tenía razón Lenin? Completamente.

Sin el Partido Bolchevique, la Revolución de Octubre no se habría podido llevar adelante ni haberse consolidado. Así, el único trabajo verdaderamente revolucionario era el trabajo que ayudaba al partido a tomar forma y engrandecerse. En relación con este camino principal, todos los otros trabajos revolucionarios quedaban a un lado, faltos de garantía interna de éxito y, en numerosos casos, eran perjudiciales para el principal trabajo revolucionario de este tiempo. En este sentido, Lenin tenía razón cuando decía que la posición conciliacionista, al darle protección y cobertura al menchevismo, transformaba a menudo las consignas revolucionarias, las perspectivas, etc., en simples frases. La apreciación leninista fundamental del centrismo es completamente indiscutible. Sería monstruoso entablar una discusión sobre esta cuestión en el interior del Partido Bolchevique. Por mi parte, al menos, no veo ninguna base para una discusión de este género.

Mi giro sobre esta cuestión empezó con el estallido de la guerra imperialista. Según el curso general de mis ideas, a menudo presentado después de 1907, una guerra en Europa habría tenido que crear una situación revolucionaria. Pero contrariamente a esta expectativa, la situación revolucionaria acabó en traición total por la socialdemocracia.

Poco a poco revisé mis ideas sobre las relaciones entre el partido y la clase, y entre la acción revolucionaria y la organización proletaria. Bajo el impacto de la traición socialpatriótica del menchevismo internacional, llegué paso a paso a la conclusión que era necesario no solamente llevar adelante una lucha de ideas contra el menchevismo (lo que reconocí muy pronto, pero ciertamente con alguna falta de consistencia) sino, también, para una ruptura organizativa total con él. Esta revisión no se produjo de una sola vez. En mis artículos y discursos de la guerra se puede encontrar inconsistencia y pasos atrás. Lenin tenían toda la razón al oponerse a cualquier manifestación de centrismo por mi parte, resaltándola e incluso exagerándola deliberadamente. Pero si se toma el período de guerra en su conjunto, queda completamente claro que la terrible humillación del socialismo al comienzo de la guerra constituyó para mí el giro del centrismo al bolchevismo (en todas las cuestiones sin excepción). Y, elaborando una concepción cada vez más justa, es decir bolchevique, de las relaciones entre clase y partido, entre teoría y política, entre política y organización, mi punto de vista revolucionario general ante la sociedad burguesa adquirió, naturalmente, un contenido más vital y más real.

Desde el momento en que vi claramente que era completamente necesaria una lucha a muerte contra el defensismo, me caló con toda su fuerza la posición de Lenin. Lo que me había parecido “escisionismo”, “dislocación”, etc., emergió como una lucha sana e incomparablemente clarividente por la independencia revolucionaria del partido proletario. No solamente los métodos políticos y las técnicas de la organización de Lenin sino, también, toda su personalidad política y humana, emergieron bajo una nueva luz, la del bolchevismo, es decir una luz realmente leninista. Solo cuando se ha devenido bolchevique se puede comprender y reconocer a Lenin. Tras ello, la cuestión del “trotskismo”, en tanto que tendencia particular, nunca ha vuelto a mi pensamiento. Nunca ha cabido en mi ánimo plantear tal o tal otra cuestión bajo el ángulo particular del “trotskismo”.

Es falso, e incluso monstruosamente falso, pretender que me uní al partido con la idea de substituir el leninismo por el trotskismo. Me uní al Partido Bolchevique como un bolchevique. Cuando Lenin, en una discusión sobre la unificación de los interdistritos con los bolcheviques planteó la cuestión de saber quiénes de mis camaradas de ideas debían entrar también en el comité central, le respondí que, para mí, esa cuestión no existía políticamente pues no veía ninguna divergencia que me separase del bolchevismo.

Por supuesto que se me puede reprochar no haber llegado más pronto a una justa comprensión del menchevismo. Es como reprocharme no haberme convertido en bolchevique en 1903. Pero nadie escoge arbitrariamente una vía de desarrollo. Llegué al bolchevismo por un camino largo y complicado. En ese camino, no tenía otro interés más que los de la revolución y el proletariado. Combatí a Lenin cuando pensé que se equivocaba al dividir a la clase obrera. Cuando comprendí mi error, tras años de experiencia, me pasé al leninismo. Por supuesto que comprendo la responsabilidad política del itinerario desviado de mi desarrollo.

Sin embargo, mi pasado era conocido, todo él enteramente, por el comité central de nuestro partido y por sus miembros más antiguos, cuando volví de Estados Unidos, en mayo de 1917, y me puse a la disposición del Partido Bolchevique. En mi pasado he cometido errores políticos, pero nada que suponga la más pequeña mancha sobre mi honor revolucionario. Si llegué al leninismo más tarde que muchos otros camaradas, llegué sin embargo lo bastante pronto como para ser uno de los más próximos colaboradores de Lenin en las jornadas de julio, en la Revolución de Octubre, en la guerra civil, y en las

otras tareas de los años soviéticos. Cuando una vez expresé la opinión (se me ha reprochado ásperamente) que consideraba la vía por la que había llegado al bolchevismo como menos mala que la de otros, me refería a itinerarios individuales y no a la vía proletaria colectiva del partido. Solamente quería decir con ello que, en la medida en que se puede emitir un juicio sobre uno mismo, mi camino me ha conducido al bolchevismo sólida y verdaderamente.

Me tomo la libertad de citar un ejemplo histórico solamente para clarificar mi posición. Franz Mehring, el muy conocido marxista alemán, llegó a Marx y Engels tarde en su vida y solamente tras una larga lucha. Más, Mehring se dirigió primeramente hacia la socialdemocracia, después se desvió y sólo más tarde se unió a ella de una vez por todas. Cierto que se puede encontrar en determinados viejos archivos afirmaciones muy duras de Mehring sobre Marx y Engels y comentarios abrumadores de Engels sobre Mehring. En la lucha en el interior del partido, a Mehring se le recordaba a menudo su pasado. Sin embargo, Mehring llegó firmemente al marxismo y siguió solidamente hasta el final. Murió como uno de los fundadores del Partido Comunista Alemán.

El camarada Kámenev ha reunido con mucho cuidado todas las citas de Lenin que exponen mis errores. Kámenev transforma los golpes polémicos lanzados por Lenin durante numerosos años en caracterización definitiva de mi política. Pero el lector sólo puede sacar la impresión que esta caracterización es incompleta. Así no encontrará ninguna respuesta a la cuestión de saber si mi actividad revolucionaria (antes de 1914 o antes de 1917) sólo consistió en errores o si eran rasgos que me ligaban al bolchevismo, que me dirigían hacia él y que me condujeron a él. Sin una respuesta a esta cuestión, el carácter de mi papel ulterior en el trabajo del partido queda sin explicación. Por otra parte, la caracterización de Kámenev plantea inevitablemente cuestiones de otro orden, determinados interrogantes puramente de hecho, ¿Kámenev ha reunido realmente las únicas cosas dichas o escritas por Lenin al respecto? ¿No hay otros comentarios de Lenin, basados en la experiencia de los años revolucionarios? ¿Es leal y honesto, ahora, a fines de 1924, decirle al partido los comentarios de los años prerrevolucionarios y no decirle nada de los que se deducen de nuestro trabajo y nuestra lucha en común? Estos son los interrogantes que deben plantearse inevitablemente a cualquier lector honesto. Las viejas citas no serán suficientes. Solamente animarán a la gente a concluir que en ello hay prevención y ánimo tendencioso.

III. EL PAPEL DEL PARTIDO

Para presentar como “trotskysta” tal o tal otra de mis ideas, o tal o tal otro de mis artículos actuales y ligarlo, con este objetivo, con los errores de mi pasado, hay que saltar por encima de un gran espacio y, ante todo, por encima del año 1917. Pero, para hacerlo, hay que demostrar a priori que no he entendido nada sobre los acontecimientos de 1917, que mi aprobación incondicional de las Tesis de Abril de Lenin era el resultado de un malentendido, que no he comprendido verdaderamente el papel del partido en el proceso revolucionario, que he ignorado toda la historia del partido, y así seguidamente. Solamente puede demostrarse sobre la base de los acontecimientos de 1917, porque mi participación nunca ha dado a nadie, ni entonces ni ahora, el menor pretexto para acusarme de seguir cualquier línea separada, particular. Por ello, la acusación de trotskismo está enganchada no sobre esos acontecimientos y el papel que ejercí en ellos sino sobre el artículo en que he resumido las lecciones de esos acontecimientos. Por ello toda la acusación de “trotskismo” contra mí depende en una amplia medida, se puede decir, de saber si es cierto o no que he deformado el leninismo, al discutir los acontecimiento de 1917, y si le he opuesto al

leninismo una corriente distinta, particular, incompatible. La acusación de “trotskismo” contra mis Lecciones de Octubre se ha convertido así en el nudo que liga conjuntamente toda la estructura del peligro “trotskista” en el partido. Más aun (y este es el corazón de la cuestión), el nudo que mantiene ensamblada esta estructura artificial consiste en una pelota de mentiras. Es suficiente con abordarlo seriamente para hacerla añicos al primer contacto. Sólo una extraordinaria mala fe, junto a una medida aún más importante de prejuicios, podría llevar a alguien a interpretar mis Lecciones de Octubre como una desviación del leninismo más que como una aplicación consciente y atenta del leninismo. Es ello lo que voy a demostrar ahora abordando las principales cuestiones en discusión.

Es particularmente sorprendente (porque es una mentira ultrajante) escuchar la afirmación que yo habría ignorado al partido en mi informe sobre la insurrección de Octubre. Pues la idea central del prefacio y del objetivo para el que ha sido escrito nace del reconocimiento del papel decisivo del partido en la revolución proletaria “El instrumento fundamental de la revolución proletaria es el partido”. He ilustrado esta idea sobre la base de las derrotas del movimiento revolucionario de posguerra en determinado número de países. Nuestro error, he dicho y lo repito, en la medida en que hemos esperado prematuramente la victoria del proletariado europeo como resultado directo de la guerra, radicaba, precisamente, en que no apreciamos suficientemente la importancia del partido para la revolución proletaria. Los obreros alemanes no pudieron vencer en 1918 o 1919 porque no tenían el instrumento necesario para vencer (un partido bolchevique). He resaltado doblemente en mi prefacio el hecho que la burguesía, cuando toma el poder, se beneficia, en tanto que tal, de toda una serie de ventajas, mientras que el proletariado no puede suplir la falta de estas ventajas más que teniendo un partido revolucionario.

Si existe una idea que he respetado de forma general, resaltado y extendido con una duplicada insistencia, y ello desde la derrota de la revolución alemana, es precisamente la idea que incluso las condiciones revolucionarias más favorables pueden no abocar a la victoria del proletariado si éste no está dirigido por un auténtico partido revolucionario capaz de asegurar la victoria. Ese era el tema de mi principal informe en Tiflis, “En el camino de la revolución europea” (11 de abril de 1924) y de otros informes, “Perspectivas y tareas en Oriente” (21 de abril de 1924), “El 1° de Mayo en Oriente y Occidente” (29 abril de 1924) (el prefacio a mi libro Los cinco primeros años de la Internacional Comunista, titulado “Ante un nuevo giro” (20 mayo de 1924), “¿Qué etapa atravesamos?” (21 junio de 1924) y así el resto. En el discurso de Tiflis mencionado más arriba, al analizar las causas de la derrota de la revolución alemana, decía:

“¿Por qué, pues, no se ha logrado hasta ahora la victoria? Pienso que sólo hay una respuesta: porque en Alemania no había un partido bolchevique, ni un dirigente como le que nosotros teníamos en Octubre [...] ¿Qué faltaba? Un partido con el temple que poseía el nuestro [...] Ahí está, camaradas, la cuestión central, y tenemos que aprender a comprender y apreciar de forma más clara y más profunda el carácter, la naturaleza y significado de nuestro partido que aseguró la victoria al proletariado en Octubre y toda una serie de victorias después de Octubre.”

Lo repito: tal ha sido la idea central y rectora de todos mis informes y artículos sobre los problemas de la revolución proletaria, particularmente después de la derrota del último año en Alemania. Podría aportar decenas de citas para probarlo. ¿Es razonable suponer que esta idea central, esta conclusión esencial de toda la experiencia histórica, particularmente de nuestra propia experiencia durante la última década, se me olvidó, o la rechacé o deformé, de golpe cuando trabajaba sobre las Lecciones de Octubre? No, es imposible y no se ha producido. Únicamente pido al lector interesado que lea y relea más el prefacio desde este punto de vista, pluma en la mano, y de prestar particularmente

atención a las páginas y al capítulo “De los Soviets y del Partido en la Revolución Proletaria”. Me limitaré aquí a un solo ejemplo.

En el capítulo de conclusión del prefacio rechazo la idea que ha surgió en nuestra prensa, en el último año, sobre que en Inglaterra la revolución podría pasar “no por el canal del partido sino por el de los sindicatos”. Más arriba digo:

“No puede triunfar la revolución proletaria sin el partido, al encuentro del partido o por un sucedáneo del partido. Tal es la principal enseñanza de los diez años últimos.

Los sindicatos ingleses pueden, en verdad, tornarse una palanca poderosa de la revolución proletaria y reemplazar a los mismo Soviets obreros, por ejemplo, en ciertas condiciones y durante cierto período. Pero no lo conseguirán sin el apoyo del partido comunista, ni mucho menos contra él, imposibilitados de desempeñar esta misión hasta que en su seno la influencia comunista prepondere. Harto cara, para no retenerla íntegramente, hemos pagado tamaña lección acerca del papel y la importancia del partido en la revolución proletaria.”¹

Y ahora me veo acusado nada menos que de renunciar a ello, de minimizar su importancia.

Después de todo lo que se ha dicho aquí es suficiente con esta única cita para mostrar que, bajo el nombre de “trotskismo”, se me atribuye una tendencia que es, exactamente, la contraria no solamente del espíritu y letra de mi prefacio sino también de toda mi concepción de la revolución proletaria. Desde este punto de vista la referencia al hecho que yo habría supuestamente olvidado, o deliberadamente omitido, mencionar el papel del comité de Petrogrado en la revolución aparecen como argucias completamente fuera de lugar. Mi prefacio no es un escrito que trate sobre el papel de las instituciones y organizaciones particulares del partido. No es una exposición general de los acontecimientos. Es una tentativa para clarificar el papel general del partido en el curso de la revolución proletaria. No cuento los hechos; supongo más bien que éstos son conocidos en su conjunto. Parto de la propuesta fundamental del papel dirigente del partido (por supuesto bajo la forma de sus unidades organizativas vivientes y funcionando). No he ignorado ni silenciado nada en mi presentación, supongo que esto se ha comprendido. Ningún sofisma ni ninguna exageración puede contradecir el hecho que la principal acusación lanzada contra mí (por minimizar el papel del partido) es una completa mentira y se encuentra en flagrante contradicción con todo lo que realmente he dicho y demostrado en mi prefacio.

Igualmente, no son exactas todas las aserciones según las cuales habría desviado, en mi apreciación del partido, la atención de las masas del partido hacia “la gente de arriba”, los jefes. Sobre este tema algunos incluso han proferido absurdos como una teoría de los “héroes” y de la “masa”. Sin embargo, el punto crucial es que tras haber precisado la importancia general del partido en el proceso de la revolución proletaria (y de forma tan categórica que no se puede decir ni añadir nada a ello) he planteado la cuestión particular, parcial pero excepcionalmente importante, del papel de la dirección central en un período de revolución. Aquí es donde entra la cuestión de los pretendidos “jefes”.

Al caracterizar la naturaleza del trabajo de Lenin en Octubre he señalado, en dos ocasiones, que la fuerza de su oposición a cualquier signo de vacilación residía en el hecho que siempre podía contar en el momento decisivo con “la base del partido”. Si hubiese reducido todo el problema de la revolución, o incluso el de la dirección del partido, a la cuestión de los “jefes”, habría contradicho las mismas bases del marxismo. Pero cuando, sobre la base de una definición marxista del papel del partido en la revolución proletaria,

¹ L. Trotsky, *Lecciones de Octubre*, en *La revolución de Octubre*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, página 187. Cursiva en la cita de Trotsky. NdT.

he planeado la cuestión de la relación entre el centro dirigente del partido, el partido en su conjunto, y la masa de los obreros, como una cuestión especial pero excepcionalmente importante para la revolución, esta era una forma perfectamente válida de plantear la cuestión y, tras la derrota de la revolución en Alemania el último año, una cuestión más que obligatoria. Pero discutiremos esto más adelante.

Se me dice que se necesita al partido no solamente para tomar el poder sino también para mantenerlo, para construir el socialismo, para maniobrar en los asuntos internacionales. ¿Ignoro esto realmente? Sin embargo, el hecho es que los partidos europeos todavía se enfrentan a la tarea de tomar el poder en toda su amplitud. Por ello deben concentrarse sobre esa tarea y subordinarle todos sus esfuerzos. Tras la toma del poder aparecerán nuevas dificultades. Incluso se puede decir aquí, con toda la confianza, que la transición de una insurrección armada victoriosa al trabajo “orgánico”, con su ritmo necesariamente gradual, producirá inevitablemente nuevas crisis en todos los partidos, o en casi todos, y hará aparecer un ala izquierda descontenta. En diferentes países esto ocurrirá de forma diferente. Pero ahí hay un peligro y una dificultad de un estadio ulterior. El comunista podrá acabar con ello; lo que necesita, primero que nada, es tomar el poder. La acusación que mi informe de Octubre ignora el pasado del partido, es decir su historia antes de la guerra y la revolución, es de la misma naturaleza, es decir parcial y exagerando penosamente la cuestión. Pero, como ya he dicho, toda la línea de mi argumentación lleva a la conclusión que el proletariado no puede beneficiarse incluso de las situaciones revolucionarias más favorables si, en un período preparatorio precedente, la vanguardia del proletariado ha tomado forma en un auténtico partido revolucionario, es decir bolchevique. Esta es la lección central de Octubre. Todas las otras se le subordinan.

El partido no puede ser improvisado para las necesidades del momento o reunido para la insurrección armada; esto ha quedado demostrado de forma más que irrefutable por la experiencia del proletariado europeo después de la guerra. Sin decir nada más, la importancia de toda la historia de nuestro partido antes de Octubre está total y completamente clarificada, incluso si yo no le hubiese consagrado directamente ni una sola palabra a la historia de antes de Octubre. Pero de hecho yo he mencionado de forma específica y exacta las condiciones del desarrollo del partido que le prepararon para su papel en Octubre y después de Octubre. He aquí lo que he dicho sobre este punto en mi prefacio:

“Al nuestro [partido revolucionario] le confiere la historia incomparables ventajas revolucionarias. He aquí, en conjunto, lo que le ha dado un temple excepcional, una clarividencia superior, una envergadura revolucionaria sin ejemplo: sus tradiciones de la lucha heroica contra el zarismo; sus hábitos y procedimientos revolucionarios, ligados a las condiciones de la actividad clandestina; su elaboración teórica de la experiencia de la revolución de 1905; su elaboración teórica de esta experiencia durante los años de la contrarrevolución; su examen de los problemas del movimiento obrero internacional desde el punto de vista de las elecciones de 1905”²

¿Dónde encontramos aquí la “ignorancia” del partido, o de su historia antes de Octubre? ¿Dónde? No es solamente toda la orientación del pensamiento del prefacio lo que está dirigido a clarificar la importancia decisiva de la preparación y del temple del partido para la revolución proletaria. Hay una caracterización completamente precisa, concreta y (a pesar de su brevedad) virtualmente definitiva, de las condiciones de desarrollo del partido que han hecho de él lo que es. Por supuesto que no cuento toda la historia del partido en las páginas de mi prefacio porque el tema del libro es la historia de Octubre, no del partido, es decir de un período particular de su historia. Pero no sé qué objeciones se podrían hacer a

² *Ibidem*, página 188.

esta caracterización de las condiciones de desarrollo del partido que le han asegurado “ventajas revolucionarias incomparables”.

Pero esto no es todo. La acusación que dice que yo habría “silenciado” la lucha del bolchevismo contra la tendencia a favor de la que tomé posición en la época puede ser suficientemente refutada en el ejemplo en cuestión con el argumento que, una vez más, no se trata de la historia precedente, de la lucha contra el conciliacionismo antes de la revolución de lo que se discute, sino de Octubre. No hay lugar para decir más. Pues he mencionado no solamente su lucha contra el menchevismo y el narodnismo sino también su lucha contra el conciliacionismo, entre las condiciones que he enumerado y que le daban al partido su temple excepcional, su superior clarividencia y su envergadura revolucionaria sin ejemplo.

En ninguna parte he aflorado la idea que el bolchevismo, tal como emergió de la historia prerrevolucionaria, necesitaba de algún cambio de naturaleza mediante el “trotskismo”. Por el contrario, he dicho francamente que un elemento esencial en la formación del bolchevismo fue la lucha contra esas tendencias que se conocían bajo el nombre de “trotskismo”. Con otras palabras, he dicho exactamente lo contrario de lo que se me atribuye. Sin ninguna minimización por mi parte del papel del partido, sin ninguna ignorancia por mi parte de la significación e importancia de este período preparatorio sin paralelo antes de Octubre, toda la estructura del renacimiento del peligro trotskista pierde su apoyo esencial. Y en mi trabajo no hay ni la más mínima sombra de esta minimización e ignorancia. Mi idea central, alrededor de la que gira todo el resto como una rueda alrededor de su eje, ha sido indicada allí y lo voy a repetir una vez más:

“tenemos que aprender a comprender y apreciar de forma más clara y más profunda el carácter, la naturaleza y significado de nuestro partido que aseguró la victoria al proletariado en Octubre y toda una serie de victorias después de Octubre.”

Ahí está la idea central del leninismo. No busco reemplazarla ni diluirla. Pleiteo por ella y la defiendo.

IV. LA “DICTADURA DEMOCRÁTICA DEL PROLETARIADO Y EL CAMPESINADO”

Hemos visto qué ha quedado de la concepción “trotskista” del papel del partido. Pero su pretendida crítica del leninismo también es muy limitada a través de otras vías ciertamente muy confusas. En primer lugar, cuando caracterizo la posición en Octubre del camarada Kámenev y otros adversarios de la insurrección, se dice que utilizo el pretexto de criticar a los adversarios de Lenin para combatir al mismo Lenin. La segunda línea de mis críticas a Lenin consiste en lo que se califica de informe brutal sobre los “errores” de Lenin en Octubre y mis pretendidas correcciones. Hay que examinar seriamente estas dos cuestiones, la primera y la segunda.

¿Cuál es la esencia de las divergencias entre el camarada Kámenev y Lenin en Octubre? El hecho que el camarada Kámenev reclamase el acabamiento de la revolución burguesa bajo la consigna de “dictadura democrática del proletariado y el campesinado”, mientras que Lenin, partiendo de que la revolución burguesa ya se había desarrollado, preparaba y llamaba a la dictadura socialista del proletariado arrastrando tras de sí a los campesinos pobres. Tales eran en lo esencial las dos posiciones en Octubre. Lenin se opuso netamente a la posición de Kámenev y rechazó la “dictadura democrática del

proletariado y el campesinado” como una fórmula superada. Escribía: “Se debe tener en cuenta la vida, los hechos precisos de la realidad y no aferrarse a la teoría de ayer.”

“¿Abarca esta realidad la fórmula de viejos bolcheviques del camarada Kámenev: “la revolución democrática burguesa no ha terminado”?”

No, la fórmula ha envejecido. No sirve para nada. Está muerta. Y serán inútiles las tentativas de resucitarla.”³

¿Quiere decir esto que Lenin “renunciaba” simplemente a esta fórmula? No, en absoluto. No he tratado en absoluto de atribuirle tal abandono. Por el contrario, digo claramente que Lenin (en oposición a toda la tradición occidentalista superficial de la socialdemocracia rusa, a partir del Grupo por la Emancipación del Trabajo) expresó la particularidad de la historia rusa y de la revolución en la fórmula “dictadura democrática del proletariado y el campesinado”. Pero para él, esta fórmula, como todo el resto de fórmulas políticas y tácticas, era una fórmula completamente dinámica, volcada hacia la acción y, en consecuencia, concreta. No era un dogma sino una guía para la acción.

En mi prefacio pregunto si “la dictadura democrática del proletariado y el campesinado” existió en las circunstancias de la revolución de 1917 y respondo, apoyándome solidamente en Lenin, que lo hizo sólo bajo la forma de los soviets de obreros y soldados que sólo tenían la mitad del poder y no querían tomarlo todo entero. Lenin reconoció su propia fórmula en esta realidad altamente modificada y refractada. Discernió el hecho que esta vieja fórmula no podía ir más lejos que las realizaciones a medio camino en la situación histórica existente. Mientras que los adversarios de la toma del poder pensaban que teníamos que “terminar” la revolución democrática, Lenin respondió que todo lo que se podía hacer en la orientación de “Febrero” se había hecho ya y había devenido una realidad: la vieja fórmula estaba superada. Era necesario extraer de la realidad una nueva fórmula para la acción.

Lenin acusó a sus adversarios de no reconocer la “dictadura democrática” bajo la forma en que había sido validada en las condiciones de Octubre. Desde principios de abril explicaba incansablemente:

“Cualquiera que, hoy en día, sólo hablé de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado” se retrasa respecto a la vida, se ha pasado prácticamente, por este hecho, a la pequeña burguesía contra la lucha de clases proletaria y merece ser relegado a los archivos de las curiosidades prerrevolucionarias” [a los archivos de los “viejos bolcheviques” se podría decir]”

Lenin repetía con insistencia que sus adversarios, los que le oponía una fórmula superada frente a las necesidades de la revolución, estaban a punto de “capitular vergonzosamente ante el revolucionarismo pequeño burgués”. Es la forma leninista de plantear la cuestión. Precisamente así es como lo presenté yo igualmente. ¿Por qué el hecho que sea solidario con Lenin en esta cuestión capital y no con el camarada Kámenev se revela como una revisión del leninismo? ¿Cómo puede ser que el concepto leninismo, y en relación con Octubre, englobe a Kámenev, que se opuso a Lenin en cuestiones de principio, pero me excluya a mí aunque yo haya estado al lado de Lenin? El término leninismo ¿no ha devenido muy flexible y acomodaticio en este caso?

Para construir un aparente puente hacia una distinción tan totalmente sorprendente y poco verosímil entre leninismo y antileninismo en relación a Octubre hay que aparentar que yo consideré que el error de Kámenev y otros radicaba en su adhesión consistente al bolchevismo, como si yo dijese: “Ved como estos camaradas han seguido realmente hasta el final la fórmula de Lenin y han devenido prisioneros del revolucionarismo pequeño burgués”. Pero nunca he sugerido que los errores de los adversarios de Lenin en Octubre

³ V. I. Lenin, “Cartas sobre la táctica”, en *Obras escogidas en doce tomos*, Tomo VI, Editorial Progreso, Moscú, 1976, página 271. También en *Obras Completas*, Tomo XXIV, Akal Editor, página 466.

radicase en su aplicación “consistente” de la fórmula de Lenin. No. Su error era abordar la fórmula leninista de forma no leninista; no reconocían la forma particular y única con la que esta fórmula había entrado en la realidad; no comprendían el carácter transitorio de la fórmula de 1905, su aplicación a una etapa particular; utilizaban las palabras de Lenin para oponer una fórmula aprendida de memoria al estudio de la realidad; con otras palabras, no comprendían de forma leninista la fórmula de Lenin. Lo dijo el mismo Lenin e hizo un análisis definitivo de su error.

Para el mismo objetivo, es decir para transformar mi crítica a Kámenev y a otros (o, más exactamente, la de Lenin) en una pretendida crítica al leninismo, ha sido necesario citar mi artículo 1909 (no mi prefacio de 1924, sino mi artículo 1909) donde se dice que existía el peligro que la fórmula “dictadura democrática del proletariado” revelase sus rasgos antirrevolucionarios en determinada etapa de la revolución. Sí, yo escribí esto en 1909 en la revista de Rosa Luxemburg. Este artículo se ha incorporado a mi libro 1905 que ha sido reeditado más de una vez desde 1917 tanto en ruso como en otras lenguas, sin protestas u objeciones de nadie, porque todo el mundo comprendía que este artículo debía ser tomado en el contexto de la época en el que había sido escrito. En cualquier caso, no se puede sacar una frase de un artículo polémico de 1909 y pegarla a mi prefacio de 1924.

En lo que concierne a esta cita de 1909 se puede decir, con completa justificación, que cuando lo escribí no tuve en cuenta el hecho que la fórmula que yo discutía no tenía para Lenin un valor en sí, sino que era una fórmula preparatoria que se aplicaba a una etapa particular. Tal acusación sería justa, y yo la aceptaría. Pero después de todo son precisamente el camarada Kámenev y el resto quienes trataron (contra Lenin) de transformar esta fórmula dinámica en un dogma y oponerla a las exigencias de la revolución a punto de desarrollarse. Y fue Lenin, precisamente, quien les explicó que su posición retrasaba el necesario desarrollo de la revolución. No he hecho otra cosa más que repetir esta idea y esta crítica bajo una forma suavizada y resumida. ¿Cómo se puede deducir de ahí alguna tendencia a la revisión del leninismo?

Ante la persistente tentativa de volver a traer un “trotskismo” desde hace mucho tiempo eliminado de la historia, sólo se puede decir esto: en su prefacio, Trotsky se declara solidario de la posición de Lenin sobre la cuestión de la transición de la revolución democrática a la revolución socialista. Haciendo esto, Trotsky no dice que rechace su vieja fórmula de la revolución permanente. Se debe concluir que, sobre la base de la experiencia de la revolución de 1917, Trotsky interpreta su vieja fórmula en un sentido leninista. Es la única conclusión que se puede extraer al respecto (e incluso es imposible hacerlo sobre la base del prefacio en el que la cuestión de la revolución permanente no está incluso ni planteada, puesto que ha sido resuelta por la historia, sino solamente comparando el prefacio con mis viejos artículos que reflejan diferentes etapas políticas de desarrollo). Semejante conclusión sería en cierta medida correcta. Lo que era fundamental para mí en la fórmula de la pretendida revolución permanente era la convicción que la revolución en Rusia, comenzada como revolución burguesa, acabaría inevitablemente en una dictadura socialista. Si, como se ha indicado más arriba, las tendencias centristas en lo que concierne a la táctica, me separaban del bolchevismo y me oponían a él, mis convicciones políticas fundamentales (que la revolución rusa transferiría el poder al proletariado) me oponían al menchevismo y, a través de todas las etapas, tendían a arrastrarme hacia el campo del bolchevismo. Pero todo ello sólo es fortuito en relación con la cuestión que nos ocupa. En cualquier caso rechazo como completamente ridícula la opinión que se me atribuye sobre que Lenin o el partido bolchevique se habrían pasado a “mi” fórmula sobre la revolución tras haber comprobado la falsedad de la suya.

Debo admitir, sin embargo, que se puede llegar a las conclusiones que se quiera sobre la tentativa de reemplazar de contrabando el leninismo por el trotskismo si se hace

un ciego uso de citas que datan de diferentes períodos en el curso de dos décadas. Colocándolas arbitrariamente en conjunto, y sobretodo si se me atribuyen cosas que nunca he dicho. Se sabe muy bien que, más que cualquier otra cosa, se tiene la oportunidad de escuchar hablar, en el curso de esta discusión de la fórmula “¡Abajo el zar! ¡Gobierno Obrero!”. Tengo que decir sin embargo que la proclama vulgarizada que lleva el título “¡Abajo el zar! ¡Gobierno Obrero!” fue escrita por Parvus, que no estaba en el país, en el verano de 1905 cuando yo vivía en la ilegalidad en Petrogrado y no tenía con él ningún contacto. Esta proclama ha sido reproducida por un editor extranjero con la firma personal de Parvus y nadie la ha reproducido en Rusia. Nunca me he responsabilizado de esta fórmula simplista de Parvus. En ese mismo período yo escribí numerosas proclamas, la mayoría de las más importantes de las cuales fueron impresas por los bolcheviques en su imprenta secreta de Bakú (verano de 1905). Una de ellas estaba dirigida especialmente a los campesinos. En ninguna de esas proclamas, la mayoría de ellas desterradas hoy en día, existe ningún “salto” por encima de la fase democrática de la revolución. Todas presentan la reivindicación de la Asamblea Constituyente y una revolución agraria.

Los artículos dirigidos contra mí contienen innumerables errores de esta naturaleza. Pero no es necesario consagrarle tiempo a esto. Al fin y al cabo, el problema no es qué fórmula utilicé personalmente en cada una de las etapas de mi desarrollo político para definir las tareas y perspectivas de la revolución, sino saber si yo tengo razón (ahora en 1924) en mi análisis de la forma leninista de abordar la cuestión fundamental de táctica en su correlación interna con el curso de la Revolución de Octubre.

Ninguno de mis críticos ha señalado ningún error por mi parte en este dominio. En mi interpretación teórica de la Revolución de Octubre me mantengo completamente en el terreno del leninismo, exactamente como en el trabajo práctico de realización de la revolución he marchado al mismo paso que Lenin.

[Un autor ha llegado incluso a afirmar que evaluó Octubre... a lo Sujanov. Después, para resaltar el contraste, se refiere al artículo muy conocido de Lenin sobre el libro de Sujanov. Evidentemente, ¡el trotskismo se opone al leninismo! Nuestro precioso autor está ciertamente muy lejos de la verdad. El 5 de febrero de 1923, es decir bastante antes de que aparecieran los comentarios de Lenin, escribí en Pravda una carta en la que, entre otras cosas, caracterizaba como sigue el libro de Sujanov: “En los últimos días, he hojeado los volúmenes recientemente publicados de Sujanov, Memorias de la revolución. Me parece que sería necesario hacer un informe virulento. Sería difícil imaginar una caricatura más exagerada del egocentrismo intelectual. En primer lugar, Sujanov se arrastró a los pies de Kerensky, después escoltó a Tsereteli y Dan por su izquierda presionándolos para que se comportasen de la forma más noble, después... dio la lección a los bolcheviques sobre la forma verdaderamente revolucionaria de comportarse. Sujanov nunca ha estado más descontento, a causa de su nobleza, que cuando Lenin se escondió en las jornadas de julio. Él, Sujanov, jamás se hubiera comportado de esa forma”, etc., etc. En Pravda apareció una reseña, escrita con el espíritu de mi carta e incluyendo incluso una parte de ella. El lector se habrá dado cuenta de cómo estoy inclinado a ver la revolución “a la Sujanov”.

No puedo dejar de comentar aquí, sin embargo, las distorsiones totalmente bárbaras de la historia de Brest-Litovsk hechas por Kusinen. Su versión es la siguiente: fui a Brest-Litovsk con las instrucciones del partido de firmar el tratado en el caso de un ultimátum. Las violé por propia iniciativa y me negué a firmar. Esta mentira sobrepasa los límites. Fui a Brest-Litovsk con una sola misión: prolongar lo más posible las conversaciones y, en el caso de un ultimátum, negociar un aplazamiento y volver a Moscú para participar en la decisión del comité central. Sólo el camarada Zinóviev propuso que se me diesen instrucciones para firmar inmediatamente el tratado, pero eso fue rechazado por todo el

resto de votos, incluyendo a Lenin. Cada uno estaba de acuerdo, evidentemente, en que un aplazamiento de las conversaciones agravaría los términos del tratado. Pero se sentía que ese factor negativo se vería compensado ampliamente por las consideraciones positivas de propaganda.

Así fue como procedí en Brest-Litovsk. Cuando las cosas llegaron al punto del ultimátum obtuve el acuerdo para una suspensión de las conversaciones, volví a Moscú y la cuestión fue discutida en el comité central. No fui yo personalmente quien decidió no firmar sino la mayoría del comité central, apoyando mi moción. También fue decisión de la mayoría de la conferencia panrusa del partido. Fui a Brest-Litovsk por última vez con la decisión completamente clara del partido de no firmar el tratado. Todo esto puede verificarse muy fácilmente a través de las actas del comité central. Kuusinen ha deformado profundamente la historia de Brest-Litovsk. Dejo sin embargo abierta la posibilidad que éste se haya embarcado en todo esto no por mala fe sino, simplemente, porque le faltan conocimientos o no comprende nada al respecto.]

V. LENINISMO Y BLANQUISMO

Ahora nos es necesario volver a la acusación más monstruosamente imaginada y más absurdamente insoportable. He pintado a Lenin, vean ustedes, como a un “blanquista” (y a mi mismo ni más ni menos que como al salvador de la revolución del blanquismo de Lenin). Únicamente una ceguera polémica completa puede incitar a lanzar semejante acusación.

¿Cuál ha sido el pretexto para esta discusión absolutamente increíble sobre el “blanquismo”?

En septiembre, durante la conferencia democrática, Lenin propuso al comité central (desde Finlandia donde se ocultaba) que Aleksandrinka, donde se celebraba la conferencia, fuera rodeada y los miembros de la conferencia arrestados, que se ocupase la fortaleza de Pedro-Pablo, etc. En septiembre todavía no era posible realizar este plan en nombre del soviet de Petrogrado pues la organización del soviet no había sido suficientemente bolchevizada aún y no era, por tanto, apta para esta tarea: el comité militar revolucionario no existía aún. En mi prefacio escribo a propósito de la propuesta de Lenin en septiembre:

“Esta manera de juzgar las cosas presuponía la preparación y la ejecución del movimiento insurreccional por mediación del partido y bajo la dirección suya, debiendo luego sancionarse la victoria por el Congreso de Soviets. El Comité Central no aceptó tal propuesta. Se canalizó la insurrección en la vía soviética y se la concatenó al II Congreso de Soviets.”⁴

Por alguna razón, determinados camaradas han sacado de ello la conclusión que yo consideraba la propuesta de Lenin en septiembre como... ¡blanquista! ¡No puedo entender en absoluto qué pinta el blanquismo en todo esto! Lo que realmente significa blanquismo es el deseo de tomar el poder en nombre de una minoría revolucionaria sin basarse en la clase obrera. Pero el quid de la situación en septiembre-octubre de 1917 era que la mayoría de los trabajadores seguían a nuestro partido y que la mayoría aumentaba visiblemente. En consecuencia, la cuestión era saber si el comité central del partido, que era seguido por la mayoría, asumiría la tarea de organizar la insurrección armada, tomar el poder, convocar el congreso de los soviets y sancionar así el hecho cumplido de la revolución. Hablar de

⁴ L. Trotsky, *Lecciones de Octubre*, en *La Revolución de Octubre*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, páginas 175 y 176.

blanquismo en relación con esta propuesta es deformar monstruosamente el sentido de conceptos políticos fundamentales.

La insurrección es un arte: el problema de la insurrección está abierto a diversas soluciones de las cuales algunas pueden ser más eficaces y otras no. La propuesta de Lenin en septiembre contaba con la incontestable ventaja de coger por sorpresa al enemigo, quitándole cualquier posibilidad de acercar unidades seguras y pasar a la contraofensiva. Lo malo de esta propuesta radicaba en que, en cierta medida, podía coger de imprevisto no solamente al enemigo sino también a una parte de los obreros y de la guarnición. Podía provocar la confusión en sus filas y, así, debilitar la fuerza de nuestro ataque. Era una cuestión importante pero de orden puramente práctico; no tenía nada que ver con el conflicto principista entre blanquismo y marxismo.

Todo el mundo sabe que el comité central no aceptó la propuesta de septiembre de Lenin y que yo voté con el resto en esta cuestión. De lo que se trata no es de una definición general de todo el curso del desarrollo, y ciertamente tampoco de un conflicto entre blanquismo (¡¡!!) y marxismo, sino de una evaluación de las condiciones completamente prácticas, y en una amplia medida técnicas, de la insurrección, estando las condiciones previas para ella ya logradas.

En este sentido es en el que señalo que Lenin tenía que apreciar las condiciones puramente prácticas de la situación de Petrogrado, “de su retirada”. Estas palabras han levantado protestas completamente inesperadas. Sin embargo, también aquí, no hago otra cosa más que repetir lo que el mismo Vladimir Ilych había dicho y escrito sobre la cuestión. Durante el III Congreso de la Internacional Comunista escribía para “consolar” a determinados camaradas húngaros que había tratado un poco brutalmente el día anterior al congreso a causa de su posición “izquierdista” extravagante:

“Cuando estuve en la emigración [...] ocupé en numerosas ocasiones posiciones “demasiado a la izquierda” (como veo ahora). En agosto de 1917, estaba en la emigración y presenté una propuesta al comité central de nuestro partido “demasiado a la izquierda” que felizmente éste rechazó. Es natural que los emigrados estén a menudo “demasiado a la izquierda”.”

Se puede ver que Vladimir Ilych llamaba a su propio plan “demasiado a la izquierda” y explicaba su “izquierdismo” por el hecho que estaba condenado en la posición de emigrado. También ahí no hago otra cosa más que presentar lo que era la apreciación del mismo Lenin.

Sin embargo, este plan, rechazado por el CC, tuvo un efecto positivo en el curso de los acontecimientos. Lenin sabía que no le faltaría prudencia, circunspección y, en general, ralentización, y pesó por tanto con todas sus fuerzas, tratando de obligar a cada trabajador responsable del partido, en particular, y a todos, en general, a enfrentar la insurrección como la solución práctica que de ninguna manera se podía relegar para más tarde. La carta de septiembre de Lenin, que no tenía nada en común con el blanquismo (¡¡!!) formaba parte de esta presión sistemática sobre el partido y era útil y eficaz porque forzaba a la gente a enfrentarse con los problemas de la insurrección de la manera más firme, concreta y audaz.

Otro episodio crucial de la Revolución de Octubre está estrechamente ligado con otro, a saber: la tentativa de Kerensky de alejar la guarnición de Petrogrado.

Me abstengo de entrar en el relato de este episodio porque no tengo nada que añadir a lo que se ha dicho más arriba, sino exclusivamente en relación con la reseña de este episodio que le ha dado a Kámenev el pretexto para presentar las cosas como si yo hubiese opuesto a la política falsa (blanquista) de Lenin mi política “justa”. No repetiré aquí todos los argumentos realmente repugnantes y las insinuaciones que se han hecho al respecto. Sin embargo, he releído la parte correspondiente del prefacio para estar seguro de

antemano que en él no hay ninguna sospecha de lo que se me atribuye. Pero he encontrado en mi prefacio algo mejor aún: hay en él un párrafo que excluye, precisa y netamente, cualquier posibilidad de una falsa interpretación, sea la que sea, que concierna al plan estratégico especial por mi parte en relación con la guarnición de Petrogrado. He aquí lo que se dice en el prefacio:

“Cuando los bolcheviques hubimos obtenido mayoría en el Soviet de Petrogrado, no hicimos más que continuar y acentuar los métodos de dualidad del poder. Nos encargamos de inspeccionar y revisar la orden del envío de la guarnición al frente. Así cubrimos con las tradiciones y los procedimientos de la dualidad del poder la insurrección efectiva de la guarnición de Petrogrado. Más aún: uniendo en nuestra agitación la cuestión del poder y la convocatoria del II Congreso de Soviets, desarrollamos y profundizamos las tradiciones de esa dualidad de poder y preparamos el terreno de la legalidad soviética para la insurrección bolchevique en toda Rusia.”⁵

Así, en el mismo prefacio, el informe no está hecho en nombre de cualquiera sino en nombre del partido (“nosotros, bolcheviques”). Y, en consecuencia, el informe de la lucha alrededor de la guarnición está desarrollado no según un plan de alguien sino a partir del régimen de doble poder que habíamos heredado de los s. r. y de los mencheviques. Kerensky quería transferir la guarnición al frente; según la tradición esto no podía hacerse sin consultar a la sección de soldados del soviét. El estado mayor se dirigió al presidium de la sección de soldados pero los bolcheviques estaban ya solidamente implantados en ella. Entonces fue cuando estalló el conflicto que tuvo tantas consecuencias y tan importantes para la Revolución de Octubre. Es pues de esta forma que he descrito el episodio de la guarnición en total acuerdo con el curso real de los acontecimientos.

Pero incluso con esto no está todo dicho todavía. Como para excluir deliberadamente la posibilidad de alguna falsa interpretación, fuera la que fuese, como las del camarada Kámenev, declaro más adelante abiertamente:

“Si prosperó por completo nuestra “astucia”, fue porque no comportaba una invención artificial de estrategia ingenioso y deseoso de evitar la guerra civil, porque se desprendía por sí sola de la descomposición del régimen conciliador y de sus contradicciones flagrantes.”⁶

Así, la misma palabra “astucia” está entrecomillada para mostrar que no se trata de la inteligencia subjetiva de una persona sino del resultado del desarrollo objetivo de las relaciones que nacían de la dualidad de poderes. El prefacio afirma netamente que no hay “invención artificial de estrategia ingenioso”. Así, no solamente la presentación de los acontecimientos está hecha en nombre del partido, es decir de sus representantes en el soviét, sino que está claramente precisado y afirmado que ningún plan personal, ninguna ingeniosidad o astucia han interferido en ello.

¿En qué se basa, pues, la aserción según la cual yo he exaltado mi propia política a costa de la de Lenin? Decididamente en nada. Por supuesto, desde Finlandia Lenin no podía ni ver ni conocer este episodio a partir de su origen y seguirlo en todas las etapas de su desarrollo. Se puede suponer que si Lenin hubiese sido informado en detalle a tiempo de todo el asunto de la guarnición de Petrogrado, puede que hubiese estado más ansioso sobre la suerte de la revolución. Pero ello no le habría impedido ejercer toda la presión que ejerció. Incontestablemente tenía razón al pedir que se tomase el poder antes de la reunión del congreso de los soviets y solamente a causa de esta presión se hizo.

⁵ *Ibidem*, página 178.

⁶ *Ibidem*, página 178.

VI. EL “TIPO COMBINADO DE ESTADO”

En el centro de las divergencias en Octubre está la cuestión de la insurrección armada para la toma del poder. Sin una profunda comprensión de la forma en que Lenin abordaba la cuestión no se pueden comprender, evidentemente, las mismas divergencias. Desde este punto de vista, deseo ahora mostrar, a través de un ejemplo que ha jugado un papel central en la discusión actual, que numerosos camaradas que me acusan de abandonar el leninismo de hecho no conocen muy bien a su Lenin y no han estudiado de muy cerca la forma en que Lenin abordó la cuestión de la toma del poder.

En el prefacio he aludido de pasada al hecho que los autores de la carta “Sobre el momento presente”, oponiéndose a la toma del poder, estaban obligados a adoptar la misma posición aproximadamente que había tomado, en determinado momento de la revolución alemana de 1918-1919, Hilferding, entonces jefe del partido socialdemócrata independiente en Alemania, es decir la propuesta de integrar los soviets en la constitución democrática.

Esta comparación que he hecho ha sido criticada con una particular severidad. Me veo acusado, primeramente, de haber ligado la posición del camarada Kámenev con la de Hilferding de forma completamente falsa e incluso “deshonesta”. Al mismo tiempo, se me dice que Lenin también hizo declaraciones según las cuales los soviets podrían ser combinados con la Asamblea Constituyente y que, en consecuencia, reviso el leninismo. Me veo acusado de no haber comprendido la fase transitoria en la que el partido combatía el poder soviético pero no había abandonado al mismo tiempo la Asamblea Constituyente. Finalmente me veo denunciado por el hecho que yo mismo, haciendo agitación por el poder de los soviets, hablé a favor de la convocatoria de una Asamblea Constituyente. La principal acusación, sin embargo, como en todos los otros casos, es que yo soy sospechoso de ligar la posición de Lenin con la de Hilferding: por tanto de revisar el leninismo y minimizarlo. Veamos si es así. La clarificación de este episodio, altamente importante, lanzará también una viva luz sobre la cuestión de las divergencias de 1917.

Es cierto en realidad que el partido combatía al mismo tiempo a favor del poder de los soviets y de la reunión de una Asamblea Constituyente. Una de las consignas de agitación más populares afirmaba que, a menos que los soviets no tomaran el poder, la Asamblea Constituyente no sería convocada y que, si lo era, devendría un instrumento de la contrarrevolución. Así precisamente presentaban el problema Lenin y el partido. El camino hacia la Asamblea Constituyente no pasaba a través del Gobierno Provisional y del Preparlamento sino a través de la dictadura del proletariado y el campesinado pobre. No una Asamblea Constituyente que sería una parte esencial del estado de los obreros y de los campesinos. Aquí está el quid de la cuestión. Los adversarios de la orientación de Lenin hacia la insurrección le oponían sus esperanzas en una Asamblea Constituyente. Argumentaban (ver la carta “Sobre el momento presente”) que la burguesía no “osaría” impedir la reunión de la Asamblea Constituyente y no estaría en condiciones de ganar las elecciones a ella. Argumentaban que nuestro partido estaría en una posición potente en la Asamblea Constituyente, posición que evaluaban en un tercio de los votos. Ello les condujo a la siguiente perspectiva:

“Los soviets, que se han enraizado en la vida, (¿?) no pueden ser destruidos. La Asamblea Constituyente sólo podrá encontrar apoyo en su trabajo revolucionario (¿?) en los soviets. La Asamblea Constituyente, más los soviets (este tipo combinado de institución de estado es hacia el que vamos).”

Así el tipo combinado de sistema de estado significa que el poder, a través del Gobierno Provisional, el Preparlamento y la Asamblea Constituyente convocada por ellos, sigue estando en manos de las clases burguesas. Nosotros jugábamos el papel de la oposición en la Asamblea Constituyente y seguimos siendo al mismo tiempo el partido

dirigente en los soviets. Con otras palabras, aquí tenemos la perspectiva de la continuación del doble poder que fue posible durante cierto tiempo bajo los colaboradores de clase profesionales, los mencheviques y los s.r. pero que devino absolutamente imposible bajo las condiciones en las que los bolcheviques estaban en mayoría en los soviets y en minoría en la Asamblea Constituyente.

Naturalmente la posición de Lenin no tiene nada en común con esto. Lenin decía: primero tomamos el poder, después convocaremos la Asamblea Constituyente y, si es necesario, la combinaremos con los soviets. ¿En qué difería la posición de Lenin de la de los autores opositores de la carta “Sobre el momento presente”? En relación a la cuestión central de la revolución: la cuestión del poder. Según Lenin, tanto la Asamblea Constituyente como los soviets son organismos de una sola y misma clase, o una alianza de clases no poseedoras (el proletariado y el campesinado pobre). La cuestión de la combinación de la Asamblea Constituyente con los soviets tenía para Lenin una importancia técnica y organizativa. Para sus adversarios, los soviets representaban una clase (el proletariado y el campesinado pobre) y la Asamblea Constituyente seguía siendo el órgano de las clases poseedoras. Reclamar un curso hacia tal tipo combinado de estado sólo es posible si se parte de esperanzas fantasmagóricas sobre que los soviets sin poder podrían servir de “revólver en la sien de la burguesía” y que la burguesía “combinará su política con los soviets”.

Ahí precisamente radica la similitud con la posición de Hilferding. En el momento en que éste se desplazaba a la izquierda, Hilferding se pronunció contra la dictadura del proletariado y propuso que los soviets fueran incluidos en la constitución como medio para ejercer presión sobre las clases poseedoras, como un revólver que no dispara.

¿O aún no está claro esto? Si es así, girémonos hacia el testigo e intérprete que tiene más autoridad entre nosotros: Lenin. Si mis críticas se hubieran hecho a tiempo y con atención, habrían evitado las obras de Lenin y encontramos la “Carta a los camaradas” del 16-17 octubre de 1917 con las siguientes líneas muy remarcables:

“Nuestros tristes pesimistas jamás podrán salir del apuro en esta cuestión. Renunciar a la insurrección es renunciar al paso del poder a los Soviets y “transferir todas las esperanzas e ilusiones a la bondadosa burguesía, que “ha prometido” convocar la Asamblea Constituyente.

¿Es tan difícil comprender que con el poder en manos de los Soviets estará asegurada la Asamblea Constituyente y estará asegurado su éxito? Los bolcheviques hemos dicho eso miles de veces. Nadie ha intentado refutarlo ni una sola vez. Todo el mundo ha reconocido ese “tipo combinado”. Ahora bien, ¿qué significa hacer pasar ahora, encubriéndola con las palabrejas “tipo combinado”, la negativa a entregar el poder a los Soviets, hacerla pasar de contrabando, temiendo abjurar públicamente de nuestra consigna? ¿Se puede, acaso, encontrar expresiones parlamentarias para caracterizar eso?

Se ha replicado con precisión a nuestro pesimista: “¿Un revólver sin bala?” Si esto es así, representará una deserción descarada al campo de los Liberdán, los cuales han declarado mil veces que los Soviets son “un revólver” y han engañado mil veces al pueblo, pues los Soviets, con la dominación de los Liberdán, han sido un cero a la izquierda.

Mas si se trata de un revólver “con bala”, eso será precisamente la preparación técnica de la insurrección, pues hay que conseguir la bala y cargar el revólver y, además, con una bala no habrá bastante.

O la desertión al campo de los Liberdán y la renuncia franca a la consigna de “Todo el poder a los Soviets”, o la insurrección. No hay término medio.”⁷

Cuando se leen estas impactantes líneas parece como si Lenin no hiciese otra cosa más que añadir su voz a la discusión actual. Sin esperar de nadie explicaciones ulteriores, Lenin declara que la fórmula “tipo combinado de estado” se utiliza para “forzar” ideas políticas directamente contrarias a la que sostiene él. Y cuando en mi prefacio he repetido, en un tono más audaz, esta caracterización de Lenin del “estado combinado” basado en la toma del poder, mis críticos declaran que agito la bandera del leninismo tratando de introducir por la fuerza... ¡el trotskismo! ¡Es verdaderamente sorprendente! ¿No pone al desnudo esto todo el mecanismo mediante el cual se ha inventado el peligro “trotskysta”? Si, por “trotskismo” (en el viejo sentido de antes de la guerra) hay que entender la tentativa de conciliar tendencias irreconciliables en esencia, entonces el tipo combinado de estado, sin toma del poder, debería ser clasificado como “trotskysta” desde un punto de vista teórico justo. Y no soy yo quien ha defendido ese “trotskismo”. Y no soy el único que lo defiende después contra Lenin.

Supongo y espero que la cuestión esté clara ahora. En cualquier caso, hacerla más clara aún no está en mi poder. No se puede decir por Lenin lo que él mismo ha dicho más claramente. Y la toman conmigo explicando que incluso las Juventudes Comunistas han comprendido mi error. ¡Lástima! Estos miembros de las Juventudes, imitando a ciertos camaradas de más edad, no han hecho otra cosa más que demostrar hasta qué punto han leído o comprendido mal a Lenin sobre la cuestión fundamental de la Revolución de Octubre: la cuestión del poder.

La cita de Lenin que tan bien resume y agota nuestra discusión sobre el “tipo combinado de estado” data de mitad octubre, es decir que la escribió diez días antes de la insurrección. Sin embargo, más tarde volvió sobre esta misma cuestión. Con una claridad histórica impecable, Lenin formuló su posición marxista revolucionaria sobre esta cuestión el 26 de diciembre de 1917, es decir dos meses y medio después de la Carta a los camaradas precisamente citada. La insurrección de Octubre estaba lejos. El poder ya estaba en manos de los soviets. Sin embargo, Lenin, que no era proclive a resucitar artificialmente las divergencias dejadas atrás si no tenía ninguna necesidad apremiante para hacerlo, el 26 de diciembre, es decir antes de la reunión de la Asamblea Constituyente, pensó que era necesario volver sobre esta cuestión en discusión. He aquí lo que se puede leer sobre esta cuestión en sus “Temas sobre la Asamblea Constituyente”:

“Todo intento, directo o indirecto, de plantear la cuestión de la Asamblea Constituyente (desde un punto de vista jurídico, formal, dentro del marco de la democracia burguesa corriente, sin tener en cuenta la lucha de clases y la guerra civil) es una traición a la causa del proletariado y la adopción del punto de vista de la burguesía. El deber incondicional de los socialdemócratas revolucionarios consiste en alertar a todos contra este error en el que han caído algunos de los dirigentes bolcheviques, que no han sabido valorar la insurrección de octubre y las tareas de la dictadura del proletariado.”⁸

Se ha visto, Lenin consideraba “su deber” alertar a “todos” contra el mismo error revelado en la discusión sobre el tipo “combinado” de estado. Consideraba necesario hacer tal advertencia, en un tono muy duro, dos meses después de la insurrección victoriosa. Hemos visto, sin embargo, que el objetivo de esta puesta en guardia ha sido semiolvidado y semiinterpretado por ciertos camaradas. Sin embargo, en la arena internacional (y en

⁷ V. I. Lenin, *Carta a los camaradas*, en *Obras escogidas en doce tomos*, Tomo VII, Editorial Progreso, Moscú, 1977, páginas 345 y 346.

⁸ V. I. Lenin, *Tesis sobre la Asamblea Constituyente*, en *Obras Completas*, tomo XXVIII, Akal Editor, Madrid, 1976, página 42.

consecuencia también para nosotros) todavía mantiene su fuerza hoy en día. Después de todo, cada partido comunista está todavía enfrentado a la tarea de una enorme dificultad: en los países en los que la democracia ha existido durante largo tiempo será mil veces más difícil de lo que lo fue para nosotros. Formalmente, todos los comunistas comparten el punto de vista de “negar” la democracia formal. Pero por supuesto ello no resuelve el problema. Se mantiene lo más importante: el derrocamiento revolucionario de la democracia que ha penetrado profundamente en las costumbres nacionales, su derrocamiento en la práctica.

La presión de la opinión pública burguesa-democrática ofrece en esta línea la más poderosa resistencia y es preciso comprenderlo y evaluarlo por adelantado. Esta resistencia penetra inevitablemente en los mismos partidos comunistas, creando en su interior grupos que se corresponden con esta presión. Se puede estar seguro de antemano que, sin ninguna duda, la idea más extendida, la más normal, la más típica de las formas de la “colaboración” con la democracia burguesa será, precisamente, la idea de un estado combinado (a fin de evitar una insurrección y la toma del poder). Ello se deduce naturalmente de toda la situación, de todas las tradiciones, de todas las relaciones entre las clases. Por ello es necesario alertar a “todos” contra este peligro inevitable, que podría demostrarse fatal para los partidos menos templados. Por ello les decimos a nuestros camaradas de Europa: “Ved, aquí en Rusia, incluso en nuestro partido excepcional, han tomado lugar en la conciencia de eminentes revolucionarios en el momento crucial ilusiones sobre la democracia, incluso reflejadas de forma única. Este peligro es inconmensurablemente más grande en vuestro caso. Preparaos. Estudiad la experiencia de Octubre. Pensad en ello, en todo su carácter revolucionario concreto. ¡Absorbedla en vuestra carne y vuestra sangre! Lanzar tales advertencias no es sustituir el leninismo. No, es servir leal y verdaderamente al leninismo.

El camarada Zinóviev pregunta si la oposición de antes de Octubre y de Octubre a la toma del poder era un grupo de derechas, una tendencia de derechas o un ala de derechas. A esta pregunta (que no parece serlo del todo) Zinóviev responde con una negativa. Su respuesta es puramente formalista: puesto que el Partido Bolchevique es monolítico, no podía tener en Octubre un ala derecha. Pero es muy evidente que el Partido Bolchevique no es monolítico en el sentido que tendencias de derechas no aparezcan en él sino en el sentido en que siempre lo ha superado con éxito. Algunas veces las ha excluido, otras veces las ha absorbido. Así ocurrió durante el período de Octubre. Parecería entonces que no hay nada que discutir: en el mismo momento en que la revolución había madurado, apareció en el partido una oposición a ella. Era una oposición de derechas y no de izquierdas. En tanto que marxistas no podemos, después de todo, limitarnos a una caracterización puramente psicológica de la oposición, “miedos, dudas, indecisiones, etc.”. Esta oscilación era de tipo política y no de otro tipo. Esta oscilación se oponía a la lucha del proletariado por el poder. La oposición recibió una base teórica y lanzó consignas políticas.

¿Cómo rechazar caracterizar políticamente a una oposición en el partido que, en el momento crucial, se manifiesta contra la toma del poder por el proletariado? Y ¿por qué es necesario abstenerse de una apreciación política de esta forma? Me niego por completo a entenderlo. Por supuesto que se puede presentar el problema de forma psicológica y personal, por ejemplo: ¿era o no era accidental que tal o tal otro camarada entrase en las filas de aquellos que se oponía a la toma del poder? No me he ocupado nada de esta cuestión porque está fuera de la esfera de evaluación de las tendencias en la historia del partido y de su desarrollo. El hecho que la oposición de determinados camaradas haya sido medida en meses mientras que otras lo hayan sido en semanas no puede tener más que una importancia personal, biográfica, pero no afecta a la evaluación política real de su posición.

Esta posición reflejaba la presión de la opinión pública burguesa en el partido en un momento en el que un peligro mortal pesaba sobre la sociedad burguesa. Lenin acusaba a los representantes de la oposición de manifestar un optimismo “fatal” ante la burguesía y un “pesimismo” en cuanto a las fuerzas revolucionarias y capacidades del proletariado. Cualquiera que lea, simplemente, la correspondencia de Lenin, sus artículos y discursos de la época puede ver fácilmente correr a través un hilo rojo que es la caracterización repetida de la oposición como un ala derecha que refleja la presión de la burguesía sobre el partido proletariado en vísperas de la conquista del poder. Y esta caracterización no se limita solamente al período inmediato de lucha severa contra la oposición de derechas sino que Lenin la repite mucho más tarde. Así, a fines de febrero de 1918, es decir cuatro meses después de la Revolución de Octubre, durante la lucha “feroz” contra los comunistas de izquierdas, Lenin llamaba a los opositores de Octubre “los oportunistas de Octubre”. Por supuesto que se puede atacar también esta apreciación: ¿podría haber oportunistas en una oposición en el interior del Partido Bolchevique? Pero este tipo de argumento formalista no tiene efecto cuando se trata de una apreciación política. Y aquella era una apreciación política hecha por Lenin, justificada por él y generalmente aceptada en el partido. Yo no sé por qué se pone todavía un punto de interrogación.

¿Por qué una apreciación política justa de la oposición de Octubre es importante? Porque tiene una significación internacional; no adquirirá su plena significación más que en el futuro. Aquí llegamos directamente a una de las principales lecciones de Octubre y esta lección toma ahora dimensiones nuevas gigantescas tras la experiencia negativa del Octubre alemán. Volvemos a encontrar esta lección en toda revolución proletaria.

Entre las numerosas dificultades de la revolución proletaria hay una que es completamente precisa, concreta y específica: la que resulta del problema de la dirección del partido revolucionario. Ante un giro brusco de los acontecimientos, incluso el partido más revolucionario, como decía a menudo Lenin, corre el peligro de distanciarse y oponer consignas y métodos de lucha de la víspera a nuevas tareas y a exigencias nuevas. Y, de forma general, no existe giro en los acontecimientos más brusco que el que crea la necesidad de la insurrección armada del proletariado. Y ahí aparece el peligro de una desproporción entre la dirección de la dirección del partido, la política del partido en su conjunto y el comportamiento de la clase. Bajo condiciones “normales”, es decir cuando la vida política discurre con relativa lentitud, tales desproporciones pueden solucionarse sin ninguna catástrofe, incluso aunque se den algunas pérdidas. Pero en tiempos de crisis revolucionarias severas no hay tanto tiempo para eliminar las desproporciones y, por decirlo así, para solucionarlas en el frente, bajo el fuego. Los meses de la mayor intensidad en una crisis revolucionaria, por su misma naturaleza, pasan muy rápido. Las disparidades entre la dirección revolucionaria (miedos, vacilaciones, esperas, atentismos) y las tareas objetivas de la revolución, pueden en algunas semanas o incluso algunos días llevar a la catástrofe, a la pérdida de lo que se ha preparado a costa de meses de trabajo.

Por supuesto, disparidades entre la dirección del partido (o la clase o la situación toda entera) pueden tener también el carácter opuesto: es cuando la dirección se anticipa mucho a los acontecimientos de la revolución, tomando el quinto mes de embarazo por el noveno. El ejemplo más impactante de esta disparidad se dio en Alemania en marzo de 1921. Se produjo una manifestación extrema de la “enfermedad infantil del ultraizquierdismo” y como resultado, del putchismo (aventurerismo revolucionario). Este peligro es también un peligro muy real para el futuro. Las lecciones del III Congreso de la Internacional Comunista conservan por esta razón toda su vitalidad.

Pero la experiencia alemana del último año nos ha mostrado el peligro inverso con detalles crudos y vivientes. La situación estaba madura, pero la dirección se arrastraba

hacia atrás. Cuando la dirección lo comprendió, la situación cambió: las masas retrocedieron y la relación de fuerzas se degradó bruscamente.

En la derrota alemana del año pasado ha habido, por supuesto, muchos rasgos nacionales particulares, pero también rasgos profundamente típicos que representan un peligro general. Esto puede llamarse la crisis de la dirección revolucionaria. Las filas inferiores del partido revolucionario son relativamente menos sensibles a la presión de la opinión burguesa-democrática. Pero determinados elementos de las capas superiores y medias del partido se verán sometidos, inevitablemente y en mayor o menor medida, al terror material e ideológico de la burguesía en el momento decisivo. No se puede evitar ese peligro.

Por supuesto que no existe medio de salvación válido contra este peligro en toda ocasión. Pero el primer paso en una lucha contra un peligro es entender su fuente y naturaleza. La aparición (o el crecimiento) de un agrupamiento de derechas en el partido comunista en un período de “Octubre” refleja, por un lado, las enormes dificultades y peligros objetivos y, por otro lado, la fantástica presión de la opinión pública burguesa. Este es el significado esencial de un agrupamiento de derechas. Por ello, precisamente, aparecen inevitablemente miedos y oscilaciones en el interior de los partidos comunistas precisamente en el momento en que son más peligrosos. Estas vacilaciones y discusiones fueron reducidas al mínimo en nuestro caso. Esto fue lo que nos permitió realizar Octubre. En el otro extremo está el partido comunista alemán, en el que una situación revolucionaria ha fracasado y en el que la crisis interna en el partido ha sido tan aguda que ha conducido al reemplazamiento total del aparato dirigente del partido. Según toda apariencia, todos los partidos comunistas van a situarse en alguna parte entre estos dos extremos en su período de “Octubre”. Reducir estas inevitables crisis de la dirección revolucionaria al mínimo es una de las tareas más importantes de cada partido y de la Internacional Comunista en su conjunto. Ello puede hacerse simplemente comprendiendo nuestra experiencia de Octubre y el contenido político de la oposición de Octubre en nuestro partido.

VII. PROBLEMAS DEL PRESENTE

Para realizar la transición de las lecciones y apreciaciones del pasado a los problemas actuales voy a comenzar por una acusación parcial pero extremadamente gráfica y neta que me ha chocado por su inesperado carácter.

Uno de los críticos ha llegado hasta decir que en mis recuerdos sobre Lenin hice recaer la “responsabilidad” (¿?) en el terror rojo sobre Lenin. ¿Qué puede significar una idea como esta? Presupone aparentemente una necesidad de disociar la responsabilidad del terror como instrumento de la lucha revolucionaria. Pero ¿de dónde puede venir tal necesidad? No lo comprendo ni política ni psicológicamente.

Es cierto que los gobiernos burgueses llegados al poder por medio de revoluciones, de revoluciones de palacio, conspiraciones, etc., siempre han sentido la necesidad de correr el velo del olvido sobre las condiciones en que llegaron al poder. Embellecer y falsificar su pasado “ilegal”, extirpar cualquier recuerdo del uso sanguinario de la fuerza devienen rasgos permanentes del trabajo de los gobiernos burgueses llegados al poder por la fuerza, una vez que han consolidado y fortificado su posición y desarrollado los necesarios hábitos conservadores.

Pero ¿cómo podría aparecer semejante necesidad en revolucionarios profesionales? Existimos en tanto que estado hace ya siete años. Tenemos relaciones diplomáticas incluso con el gobierno archiconservador de Gran Bretaña. Recibimos a embajadores acreditados. Pero no retrocedemos ni un ápice en los métodos que llevaron a nuestro partido al poder y

que, a través de la experiencia de Octubre, han venido a añadirse al potente arsenal del movimiento revolucionario mundial. Hoy en día, no tenemos más motivos para renunciar a los métodos de violencia revolucionaria que hemos utilizado, o para mantener silencio al respecto, de los teníamos en los días en que estuvimos obligados a recurrir a ellos para salvar a la revolución.

Sí, recibimos a embajadores acreditados y permitimos el comercio capitalista privado, una base sobre la que se ha formado una opinión del tipo mercado de la Sujarevka. Por supuesto que es una Sujarevka panrusa que está obligada a someterse al poder soviético, que está llena de esperanzas y que sueña con que el gobierno soviético, llegado al poder por los medios más “ilegales” y más “bárbaros” va a adquirir algún encanto y, finalmente, devenir una potencia “civilizada”, “honorable” y democrática, es decir burguesa conservadora. Bajo estas condiciones, no solamente nuestra burguesía subdesarrollada sino también la burguesía mundial estaría dispuesta a excusar el poder soviético de sus orígenes “ilegales” si están seguras que vamos a dejar de agitar a la gente. Pero como no estamos dispuestos a cambiar ni un ápice nuestra naturaleza de clase puesto que hemos conservado nuestro desdén revolucionario hacia la opinión pública burguesa plenamente intacto, no tenemos ninguna necesidad de renunciar a nuestro pasado, o de “hacer recaer” la responsabilidad del Terror Rojo.

¡Esta idea de querer volcar la responsabilidad sobre... Lenin está desprovista de cualquier valor! ¿Quién querría “hacer recaerlo” sobre él? Él ya tomó la plena responsabilidad. Del Octubre, de la revolución, del derrocamiento del antiguo orden, del terror rojo, de la guerra civil, asumió todo eso a la vista de la clase obrera y de la historia y lo hará “a través de los siglos”.

¿Puede que se haya hecho referencia aquí a excesos, a reacciones excesivas? Pero ¿dónde y cuándo se ha hecho una revolución sin “hacer demasiado”, sin cometer excesos? ¿Cuántas veces Lenin ha explicado esta idea simple a los filisteos, que los excesos de abril, julio y octubre habían hundido en el terror!

Ningún poder y ningún individuo pueden quitarle a Lenin la “responsabilidad” del terror rojo. Incluso ciertos defensores demasiado acomodaticios. El terror rojo fue un arma necesaria de la revolución. Sin ella hubiese perecido. Más de una vez en el pasado las revoluciones han perecido por culpa de la sensiblería, la indecisión y de forma general por la bondad de los trabajadores. Incluso nuestro partido, a pesar del temple previo, contaba con elementos de esta actitud “revolucionaria” de buen niño complaciente. Nadie había reflexionado anteriormente tan seriamente como Lenin en todas las increíbles dificultades de la revolución, en los peligros internos y externos. Nadie comprendía tan claramente, incluso antes de la revolución, que, sin represalias contra las clases poseedoras, sin medidas que recordaban a la más severa forma de terror en la historia, el poder proletario jamás hubiese sido capaz de sobrevivir, rodeado por todas partes por sus enemigos. Gota a gota, inyectó su comprensión sobre ello (y la intensa concentración de la voluntad y la combatividad que de ella se deducen) a sus más próximos colaboradores y, a través de ellos, al partido entero y a la masa de los obreros. Esto es lo que he dicho exactamente en mis recuerdos de Lenin. He descrito la forma en que Lenin, durante los primeros días de la revolución, viendo la negligencia, las actitudes despreocupadas, una excesiva confianza en sí en todos lugares ante los peligros y los desastres que nos amenazaban, enseñaba a sus colaboradores, ante cualquier giro, que la revolución no podía salvarse más que si transformaba su propio carácter en otra línea y se armaba con la espada del terror rojo. De esto es de lo que he hablado en mis recuerdos. De la gran perspicacia de Lenin, de su gran fuerza de carácter, de su implacable determinación revolucionaria (que coexistía con su gran humanidad personal). Ver otras cosas en mis palabras, descubrir en ellas un deseo de “poner ante la puerta” de Lenin la responsabilidad del terror, no puede ser más que el

resultado de la simpleza en el plano político y de la mezquindad más mediocre en el plano psicológico.

Si quisiese lanzar sospechas venenosas a mi alrededor con tanta ligereza como lo hacen determinados de mis críticos, diría que toda búsqueda de tendencias nepistas debería comenzar no por mí sino por aquellos a quienes podría ocurrírseles la misma idea de renunciar al terror rojo. Y si alguna de esta gente de la especie de la Sujarevka tomase en serio esas acusaciones y otras semejantes y comenzase a construir sus esperanzas sobre esta base, ello significaría solamente que mis acusadores habrían creado un fantasma del trotskismo válido para Sujarevka. Pero ello no significaría una relación entre mí y ese fantasma.

Los argumentos que derivan de la mentalidad mercantil de Sujarevka, sean emigrados o del interior, deben ser utilizados en general con la mayor prudencia. Por supuesto que nuestros enemigos de toda suerte se alegran de cualquier divergencia, de cualquier discusión entre nosotros y se esfuerzan en ampliar las brechas. Pero para sacar tal o tal otra conclusión de sus apreciaciones se debe examinar en primer lugar si saben de qué hablan (pues únicamente una apreciación seria, sólidamente fundamentada, por un enemigo inteligente puede tener una importancia como síntoma; y, en segundo lugar, se debe estudiar la cuestión de saber si han fabricado especialmente estas ideas para agravar nuestras divergencias echando gasolina al fuego de nuestra discusión). Esto es particularmente cierto para la prensa emigrada, que no tiene objetivos políticos inmediatos que lograr porque no tiene una audiencia de masas y, por tanto, especula la mayor parte del tiempo con la posibilidad de despertar un eco de sus opiniones en la prensa soviética.

No voy a citar más que un único ejemplo pero que me ha impactado como ejemplo indicativo. Nuestra prensa ha dado cuenta que el *Sotsialistichskii Vestnik* menchevique ha depositado grandes esperanzas, durante la discusión del último año, en la Oposición o determinados elementos de ella. No lo he verificado pero admito por completo la posibilidad que realistas tan penetrantes como Dan y compañía, que se han pasado la vida a la espera de la democratización de la burguesía, estén ahora llenos de esperanza en la menchevización del Partido Bolchevique. Pero ocurre que he lanzado una mirada al n° 7 de la publicación menchevique de derecha *Zaria* y que he encontrado en ella, completamente por azar, un artículo de cierto S. Ivanovich con la siguiente crítica dirigida contra las esperanzas de Dan y compañía en una evolución del Partido Bolchevique:

“Puede que sepan de esta oposición alguna cosa que todos los demás ignoran. Pero únicamente saben lo que todo el mundo sabe, no pueden no saber que precisamente entre los opositores en el PCR es donde se encuentran los partidarios más utópicos de la dictadura, los defensores más duros de la ortodoxia, cuya influencia se ha hecho sentir en las más recientes explosiones de locura de izquierda, en la línea política antiNep, etc. ¿Cómo, precisamente, esta gente de “Octubre”, ortodoxos, pueden producir, según la plataforma, elementos capaces [...] a causa de su posición, de ejercer un papel significativo en la preparación de la liquidación democrática de la dictadura? La plataforma descubre que todo ello puede cumplirse “bajo la presión del movimiento obrero que se desarrolla y llega a la conciencia de clase”. Pero esta es una hipótesis totalmente arbitraria y que ha sido rechazada por la vida antes incluso de haber ocupado algún lugar en esta plataforma. Precisamente bajo el impacto de una larga oleada de huelgas agitadas, que incluso han lanzado reivindicaciones, es cuando la oposición en el PCR ha llamado al refuerzo de la dictadura, reclamado la sangre de la burguesía y un nuevo curso. La vida ha mostrado que la oposición adelanta las más inveteradas demagogias de la dictadura pero la plataforma busca los elementos de democracia a

partir de esta fuente [...] ¡Cómo de irracional es la vida divergiendo tanto de la plataforma!”

Esta cita de un canalla blanco menchevique, la he reproducido aquí arriba, en un ensayo que trata sobre los problemas internos del partido, con sentimientos naturales de repugnancia. Lejos de mí la idea incluso de pensar en sacar conclusiones políticas de esta cita (salvo una: ¡en guardia ante los comentarios y opiniones de los emigrados!) ¡Alerta ante observaciones separadas con cuidado en la prensa burguesa europea!

Siempre es útil examinar las ideas del enemigo. Pero hay que hacerlo de forma crítica y sin atribuirle más penetración de la que tienen en realidad. No olvidemos que la burguesía juzga a ciegas sobre estas cuestiones que, siendo completamente incomprensibles para ella, son el contenido esencial de nuestro trabajo. No olvidemos que la prensa capitalista mundial ha afirmado más de una vez durante el régimen soviético que Lenin trataba de arrastrar a Rusia hacia atrás en la vía nacional-conservadora, pero que los “izquierdistas” lo impidieron... con Bujarin, Zinóviev y el autor de estas líneas figurando bajo esta designación. ¿Esas opiniones eran realmente sintomáticas de otra cosa que no fuera la idiotez del pensamiento burgués cerrado frente a las tareas de la dictadura proletaria? Es particularmente inadmisibles actuar de tal forma que seamos nosotros quienes extraviemos a la prensa burguesa con acusaciones parciales y artificiales, atormentada por esperanzas y expectativas, como está, después de presentar sus reflexiones deformadas sobre nuestros propósitos como una apreciación burguesa digna de ser tomada en cuenta. ¡De esta forma presentamos como la realidad la sombra del fantasma que hemos creado!

Para acreditar un poco (o para actualizar) al fantasma del trotskismo construido a partir de la combinación de antiguas citas, algunos críticos, y particularmente el camarada Zinóviev, han avanzado (cierto que bajo una forma muy general y vaga) cuestiones de la política interior actual. Yo no he comenzado ninguna discusión sobre estas cuestiones. Y el camarada Zinóviev no se refiere a ningún conflicto específico sobre estas cuestiones.

Mi prefacio no ofrece ninguna base para una discusión de esas cuestiones. En ninguna parte he discutido las decisiones del XIII congreso y las he aplicado al pie de la letra en todo mi trabajo. De una manera o de otra, sin embargo, mi prefacio ha sido interpretado no en relación con el contexto de la derrota de la revolución alemana sino en relación con el de la discusión del último año. Desde este punto de vista mi prefacio ha devenido un pretexto para plantear la cuestión de mi “línea” en su conjunto.

El camarada Zinóviev plantea toda una serie de puntos que, según su opinión, caracterizan mi línea como una línea dirigida contra la del partido.

Se supone que yo trato de debilitar el papel dirigente del partido en el estado. No puedo aceptar esta acusación, por nada del mundo. Para abordar esta cuestión general de forma absolutamente específica, recordaré solamente que en determinado número de declaraciones políticas el Comité Central se ha expresado, una vez más y de forma muy categórica, contra el hecho que organismos del partido substituyan a agencias locales del poder soviético. ¿Se puede pensar que ello va a debilitar el papel del partido? No, la aplicación correcta de esta línea sólo puede reforzar y consolidar el papel del partido. En este marco, naturalmente, puede haber desacuerdos prácticos, el camarada Zinóviev no cita el ejemplo porque no lo hay en nuestro trabajo práctico.

No puedo aceptar de ninguna forma la acusación según la cual estaría a punto de transformar al partido en un conglomerado de fracciones y grupos (en el espíritu del Labour Party británico). La naturaleza caricatural de esta afirmación habla por sí sola. Sea justa o no mi comprensión de las lecciones de Octubre, es absolutamente imposible considerar mi libro sobre Octubre como la herramienta de un grupo fraccional. No me he fijado tal objetivo y no podía hacerlo. De forma general es absurdo pensar que, en un

partido en el poder con efectivos de masas, se pueda construir un “reagrupamiento” sobre la base de las interpretaciones históricas.

No voy a abordar las cuestiones de los “especialistas”, finanzas, la Comisión de Planificación del Estado y así todo lo demás, porque no veo ahí ningún motivo de discusión y porque no he dado ningún pretexto, desde ningún punto de vista, para que estas cuestiones sean planteadas de nuevo.

Finalmente, queda la cuestión de mi subestimación del campesinado como la pretendida fuente fundamental de mis errores, reales o imaginarios. No discutiré el pasado pues ello nos arrastraría a imposibles laberintos. No me entretendré en el hecho que mi error de Brest-Litovsk no se deducía de mi “ignorancia” del campesinado (no contaba con él para llevar adelante una guerra revolucionaria) sino de esperanzas en un rápido desarrollo de los movimientos revolucionarios en Alemania. Pero, pensando en el presente y en el futuro, me siento obligado a abordar esta acusación fundamental tan informe pero tan persistente.

Ante todo es necesario rechazar la caricaturesca noción que para mi la fórmula “revolución permanente” es una especie de fetiche o un símbolo de fe del que deduzco mis conclusiones y deducciones políticas, especialmente cuando se relacionan con el campesinado. No hay ni un ápice de verdad en esta versión de las cosas. Han pasado muchos años desde que escribí sobre la revolución permanente con el objetivo de clarificarme el curso futuro de los acontecimientos revolucionarios. Se ha producido la revolución y la experiencia extremadamente rica del estado soviético está ahí. ¿Quién puede creer seriamente que mi actitud actual frente al campesinado está determinada no por la experiencia colectiva de nuestro partido sino por mi experiencia personal y mis recuerdos teóricos de la forma en que, en tal o tal otro año, he esperado el desarrollo de la revolución rusa?

Hemos atravesado e incluso aprendido alguna cosa del período de la guerra imperialista, del reinado de Kerensky, de los comités de la tierra, de los congresos campesinos, de la lucha contra los s. r. de derechas y de los días de reuniones continuas con los delegados de los soldados en Smolny cuando luchábamos para ganarnos la confianza de los campesinos-en-armas. Hemos pasado la experiencia de la paz de Brest-Litovsk, durante la cual una fracción importante del partido, dirigida por Viejos Bolcheviques que no tenían ninguna relación con “la revolución permanente”, depositaron sus esperanzas en la guerra revolucionaria, y hemos aprendido mucho de la experiencia de su error. Hubo el período de la formación del Ejército Rojo, cuando, a través de una serie de experiencias y ensayos, el partido creó una alianza militar entre el obrero y el campesino. Era el período de la requisición de trigo y de severos conflictos de clases, etc. Después el partido lanzó un curso hacia el campesino medio y ello condujo gradualmente a un cambio sustancial en la orientación del partido (por supuesto todavía sobre las mismas bases de principios). Acto seguido fue el pase a la Nep y al comercio libre del trigo, con todas las consecuencias que de ello se deducían.

¿Es realmente posible poner en un lado de la balanza toda esta experiencia histórica gigantesca, que me ha nutrido, y en el otro lado mi vieja fórmula de la revolución permanente que me habría arrastrado, según se supone, en todo caso e independientemente de las condiciones, a subestimar al campesinado? Es increíble, esto no puede ser cierto. Rechazo con fuerza una actitud tan teológica frente a la fórmula de la revolución permanente.

Esta fórmula reflejaba, en sí, una etapa en nuestro desarrollo que hemos atravesado hace mucho tiempo. Se la ha sacado y hecho estallar porque es difícil, de otro modo, encontrar cualquier terreno para la pretendida “subestimación del campesinado” hoy en día, y para hacer aparecer el fantasma del “trotskysmo”.

¿En su artículo sobre la inspección obrera y campesina, Lenin escribía que el principal peligro político, que podía, bajo determinadas circunstancias, devenir fuente de una escisión del partido, era el peligro de un cisma entre el proletariado y el campesinado, las dos clases fundamentales cuya colaboración es una necesidad absoluta para mantener y desarrollar las conquistas de Octubre? Si abordamos este peligro bajo el ángulo de los intereses de las dos clases fundamentales, tenemos que decir esto: solamente manteniendo cierto equilibrio entre los intereses materiales de los obreros y campesinos podemos asegurar la estabilidad política del estado soviético. Este equilibrio tiene que ser realizado por el partido dirigente bajo circunstancias que cambian continuamente pues el nivel económico del país cambia, cambia la contribución de cada uno de los socios en la empresa común, y también igualmente varía lo que cada uno de ellos recibe por sus trabajos.

Bajo esas circunstancias, ¿qué podrían significar realmente la subestimación del campesinado o la falta de atención hacia él? Si el socio dirigente en la alianza, el proletariado, buscando a través del partido la forma de garantizar su propia base, la industria, lo más rápidamente posible, o elevar lo más rápidamente posible su nivel cultural, pone un peso más fuerte sobre el campesino, esto podría conducir a una ruptura política cuya iniciativa sería tomada, en este caso, por el campesinado. Esta suerte de tendencia a la impaciencia y a la estrechez, en la medida en que se manifiesta, la hemos caracterizado más de una vez como “tradeunionismo”, interesado solamente en las condiciones de empleo y en absoluto comunista. La cuestión de la parte actual del proletariado en el conjunto de la economía nacional (una cuestión, por supuesto, de una importancia excepcional) no puede colocarse por encima de la cuestión de la defensa de la dictadura del proletariado como la condición para la construcción del socialismo. Pensaré que todos estamos de acuerdo en ello desde hace tiempo y no sólo desde ayer.

Pero hay otra cosa que es completamente evidente para todos nosotros, y es que el mismo peligro histórico de una ruptura puede enfrentarnos a un polo opuesto. Si las condiciones se desarrollan de tal forma que el proletariado se vea obligado a sufrir demasiados sacrificios para preservar la alianza, si la clase obrera llega a la conclusión, en cierto número de años, que en nombre de la preservación de su dictadura política se ha visto obligado a aceptar una excesiva renuncia a sus intereses de clase, lo que minaría al estado soviético a partir de otra dirección.

Hablamos de dos aspectos de un solo y mismo peligro histórico, de una escisión entre el proletariado y el campesinado, no porque consideremos ese mismo peligro como inmediato y urgente. No, ninguno de nosotros piensa en ello. Consideramos tal peligro a partir de la perspectiva histórica a fin de orientarnos mejor en la política de hoy en día. Está fuera de lugar que esto no sea otra cosa que una política de maniobra, que exige la mayor atención a los ruidos que provienen del fondo del canal, una atención particular a posibles bajos fondos y una aplicación cuidadosa para evitar las dos orillas, la derecha y la izquierda. También está fuera de lugar que, en la etapa actual, el equilibrio de los intereses ha cambiado radicalmente, esencialmente en detrimento de la aldea y que es preciso admitirlo seriamente, en política y en economía.

Las conclusiones generales de arriba se aplican en primer lugar y ante todo a la cuestión del desarrollo de la industria y a la tasa de este desarrollo.

Si el estado soviético se mantiene sobre la base de una alianza de los obreros y los campesinos, la dictadura del proletariado se mantiene con la industria del estado y el transporte. El estado soviético sin dictadura socialista sería un cuerpo sin “alma”. Estaría condenado a una degeneración burguesa inevitable. La industria, la base de la dictadura socialista, dependen, sin embargo, de la economía campesina. Pero esta relación es recíproca. La economía campesina, por su parte, depende de la industria. De estos dos

componentes, el más dinámico (elemento dirigente que aspira a avanzar) es la industria. La influencia más fuerte que puede ejercer el poder soviético sobre la aldea es la que pasa por los canales de la industria y del transporte. Los otros medios para influenciarla, muy importantes en sí mismos, siguen siendo aún de segundo o tercer orden. Sin aumentar convenientemente el papel de la industria estatizada, sin reforzar su influencia organizativa sobre la aldea, todas las otras medidas están condenadas en definitiva a la impotencia.

La tasa de desarrollo industrial, en cuya aceleración están interesadas a la vez la ciudad y la aldea, no depende evidentemente de nuestra buena voluntad. Existen límites objetivos, el nivel de la economía campesina, el equipamiento real de la industria, la posibilidad de obtener capital trabajo, el nivel cultural del país, y así en el resto. Toda tentativa de saltar por encima de estos límites tropezará seguramente con una amarga revancha que golpeará por un lado al proletariado y por el otro al campesinado. Pero si la industria se retrasa del auge económico del país no habrá por ello un menor peligro. Ello haría nacer, inevitablemente, un fenómeno de hambre de mercancías y de precios de reventa elevados que llevaría a su vez, ineluctablemente, al enriquecimiento del capital privado. La tasa de acumulación socialista y del desarrollo industrial no puede ser ilimitada y, sin embargo, en determinados aspectos, también, está limitada no solamente por determinado máximo sino también por determinado mínimo. El mínimo está determinado directamente por la competencia del capital interior y por la presión foránea del capital mundial.

Los peligros que nacen de nuestro propio desarrollo global tienen un carácter de doble aspecto. La industria no puede avanzar demasiado deprisa pues no tiene la base económica necesaria para ello. Pero igualmente de peligroso es que se mantenga atrasada. Cualquier retraso, cualquier laguna en la industria del estado, significa el crecimiento de su rival, el capital privado, el crecimiento del kulak en la aldea, el crecimiento de la influencia económica y política del kulak sobre la aldea. Un retraso en la industria significa un desplazamiento en la relación de las fuerzas de la ciudad en la aldea y, en la aldea, de los campesinos pobres a favor de los kulak del nuevo tipo soviético. Este cambio en el centro de gravedad, al debilitar al proletariado, debe, en consecuencia, obligarlo a hacer concesiones políticas y económicas en nombre de la preservación de la alianza obrera-campesina. Pero es completamente evidente que, en esta vía, la dictadura del proletariado se vería vaciada de su contenido socialista.

Así, todas las dificultades y todos los peligros (que nacen del período de transición de nuestro desarrollo económico en el cual el proletariado se adentra en la construcción socialista sobre la base de millones de pequeños productores de mercancías), todas nuestras dificultades tomadas en conjunto y cada una de ellas por separado, siempre tendrán, como hemos dicho, un doble y no unilateral aspecto. Tratar de imponer un ritmo demasiado rápido en la industria es exactamente tan peligroso como imponer un ritmo demasiado lento.

Estas consideraciones, quiero confiar en ello, son completamente indiscutibles. Se las puede tildar de demasiado generales... Pero es mucho más general y vago (por no decir extremadamente unilateral) acusarme de subestimar al campesinado. El campesinado deber ser estimado no separadamente y aparte, en sí mismo, sino en el marco del equilibrio cambiante entre las clases. No existe fórmula matemática dada de antemano que nos diga hasta dónde se puede ir y dónde hay que pararse para conciliar los intereses del proletariado y del campesinado. No existe en el mundo tal fórmula. Es preciso orientarse uno mismo y sentir su vía en la situación maniobrando constante y activamente. Esta maniobra, sin embargo, nunca ha tenido ni nunca tendrá un carácter sin principios, de vaivén (como lo describen los mencheviques y anarquistas). Nuestra maniobra, tanto económica como política, repercute en una serie de medidas que descansan sobre la alianza

de los obreros y campesinos, medidas mediante las cuales puede asegurarse la dictadura del proletariado y, en consecuencia, la posibilidad de proseguir la construcción socialista.

La persistente acusación de “subestimación del campesinado”, siendo falsa por su carácter unilateral es mucho más nociva porque provoca el temor (ciertamente sin fundamento) que está planteada la base teórica para un cambio en el curso de la dictadura socialista hacia una democracia obrera y campesina. Esto es, evidentemente, un sinsentido. Nuestro partido, al mismo tiempo que conserva una plena libertad de maniobra, está unido desde la base a la cumbre por nuestro programa para la reorganización socialista de las relaciones sociales. Esta es la principal herencia que nos dejó Lenin y a la que estamos unánimemente comprometidos a aplicar hasta el fin. ¡Y lo haremos!



Colecciones de Edicions Internacionals Sedov

- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional*
- *Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado, Lenin 1918, III Congreso de los Soviets de toda Rusia*
- *Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- *León Sedov: escritos*
- *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*
- *Obres escollides de Lenin en català*
- *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
- *Rosa Luxemburg en castellano*
- *Trotsky inédito en Internet y castellano*
- *Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

<http://grupgerminal.org/?q=node/102>